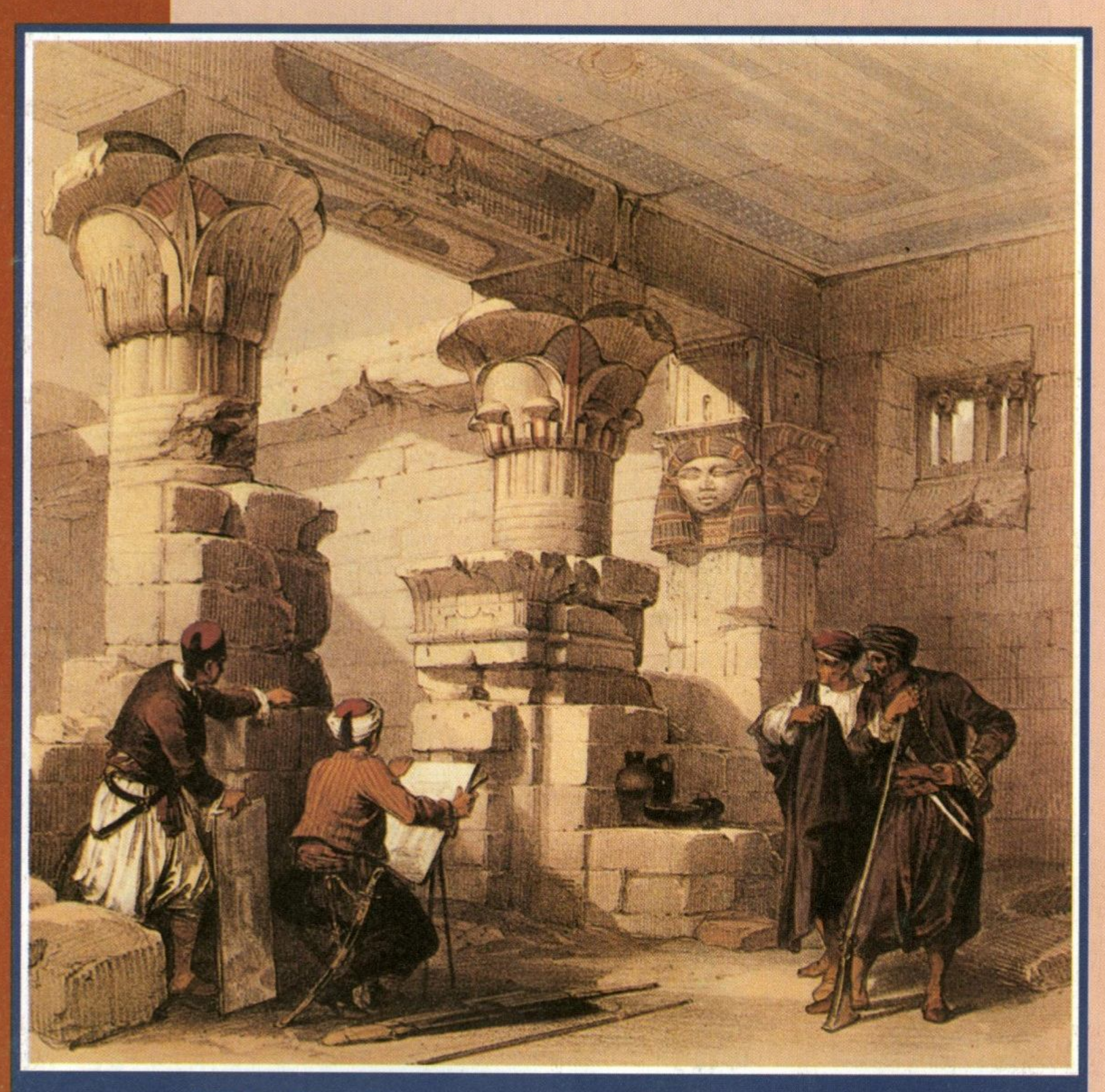
Cuadernos
Historia 16

250 PTAS



El Egipto ptolemaico

Miguel Angel Elvira Barba

72

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-43829-1996

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

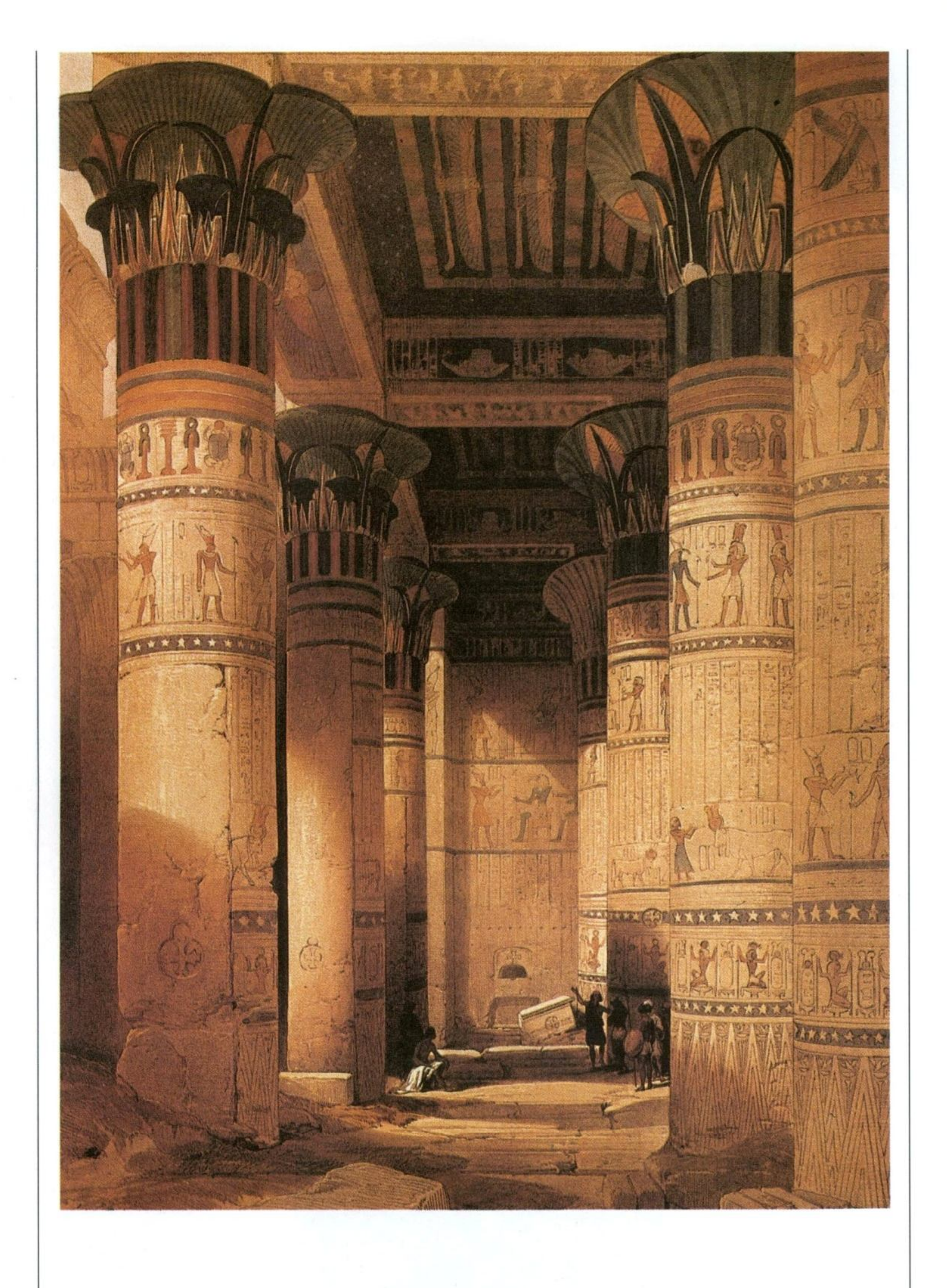
Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice



Viajero del siglo XIX dibujando en el templo ptolemaico de Dendera, ante la curiosidad de los guardas nativos (ilustración de la época). Izquierda, Ptolomeo I *Soter* (efigie en una moneda de finales del siglo IV a. C.)



Gran pórtico del templo ptolemaico de Filae (por David Roberts, mediados del siglo XIX)

Una gran potencia

Miguel Angel Elvira
Profesor titular de Historia de Arte Antiguo

Tirado por dieciséis caballos, cubierto de oro y colgaduras, el carruaje fúnebre de Alejandro Magno partió de Babilonia hacia Siria, y desde allí, hábilmente desviado por el general Ptolomeo, nuevo sátrapa de Egipto, continuó su camino hacia el sur. Por las pistas de Celesiria y los arenales del Sinaí, alcanzó los verdes campos del Delta y depositó su preciada carga en Menfis. Allí, como a su paso por todas las aldeas y ciudades que el macedonio había conquistado, las gentes seguían y aclamaban los restos del joven rey, prematuramente muerto en 323 a.C., cuando contaba 32 años de edad.

Aparte del atractivo del propio carro, y de un difuso respeto a la monarquía, tenían los campesinos y magnates locales una razón poderosa para mostrar su adhesión al difunto. Su paso por el inmenso Imperio aqueménida había llevado, sin duda, dolor, saqueo y muerte a los pueblos vencidos, pero, por primera vez, los antiguos súbditos del Gran Rey advertían un talante nuevo en la política del vencedor. Frente a la mezcla de despotismo y debilidad de los persas, Alejandro se había planteado —quizá por conveniencia política, quizá por un ideario íntimo— un modelo nuevo de sociedad. Olvidando las tesis racistas o culturalistas entonces más comunes —las defendidas incluso por su maestro Aristóteles—, quiso crear un Imperio de síntesis, donde, bajo su diadema, griegos, macedonios, persas, egipcios, babilonios e indios conviviesen, se mezclasen y diluyesen sus diferencias. Sabido es que se casó con Roxana, una princesa de las satrapías orientales, y que obligó a sus generales a tomar a damas persas por esposas; y es más que probable que su duro trato a cuantos griegos se negaban a adorarle tuviese mucho que ver con su planteamiento unificador.

Obviamente, los indígenas fueron sensibles a esta actitud, que suavizaba lo que en principio podía parecer un mero cambio de dueño. Una obra como el llamado *Sarcófago de Alejandro,* en realidad esculpido para el rey Abadalónimo de Sidón, canta la armonía de griegos y persas, capaces de cazar juntos después de enfrentarse en duros combates. Y en Egipto, tierra particularmente querida por Alejandro, por haber en ella recibido el nombre de *hijo de Amón,* había de recordarse por fuerza su feliz llegada y amistoso trato.

En efecto, cuando, en 332 a.C., el macedonio entró en el valle del Nilo con sus tropas, fue acogido como un libertador. Sólo diez años habían pasado desde la última reconquista del país por los persas y la huida hacia el sur de su último faraón independiente, Nectanebo II. Los ánimos nacionalistas seguían en pie, y Egipto estaba ya acostumbrado a ver a los griegos como aliados contra el poder aqueménida. Un noble egipcio, Smatauitefnakht, había incluso ido al encuentro de Alejandro cuando éste desembarcó en Asia Menor, y le había solicitado que interviniese en el país del Nilo; y tan consciente era el sátrapa persa, Mazaces, de su falta de apoyo popular, que se rindió prácticamente sin resistencia.

Alejandro se paseó por Egipto: aparte de su arriesgado viaje al oasis de Siwa, se entretuvo en crear una colonia, Alejandría, que honrase su nombre y facilitase el comercio con el mundo helénico, y dejó varias huellas de su benevolencia, como el santuario de la barca sagrada en el templo de Luxor. Después, partió para continuar sus conquistas, encargando el control del país a dos nativos, Petisis y Doloaspis, y ya no volvería hasta después de muerto, para reposar en la tierra de su divino progenitor.

El nuevo sátrapa, Ptolomeo, hijo de Lago, era muy consciente de todos estos hechos y experiencias, porque los había vivido. Además, parecía compartir los planteamientos políticos de Alejandro, acaso por el sincero afecto y admiración que, según sabemos, sintió siempre por su amigo y rey. En consecuencia, lo primero que hizo al llegar a Egipto fue suprimir al nuevo goberna-

dor, Cleómenes de Naucratis, que se había hecho impopular por su rapacidad, e intentar mantener la política conciliadora, y aun fusionadora, del difunto monarca. Si, como pensó al parecer desde un principio, Egipto tenía que convertirse en su dominio personal, era inútil y estúpido enfrentarse con sus habitantes.

Su papel, por tanto, era claro: debía convertirse en el sátrapa ideal. Emulo de Alejandro, construyó, a nombre de Filipo III Arrideo, sucesor nominal del conquistador, el santuario de la barca sagrada en Karnak: en la fiesta de Opet, cuando las barcas sagradas unían los dos mayores templos de Tebas, los sacerdotes, por fuerza, habrían de recordar la dinastía macedónica.

Pero llegó más lejos: no contento con atraerse la simpatía de ciertos clérigos prestigiosos y letrados, como Petosiris, sumo sacerdote de Thoth y sabio moralista, o como Manetón, futuro redactor en griego de una historia de Egipto, encargó a este último y a un sacerdote griego, Timoteo, que estudiasen el modo de helenizar un dios egipcio, Osorapis (mezcla de Osiris y Apis), para convertirlo, con el nombre de Serapis, en dios unificador y patrono del nuevo gobierno. Para dar un carácter sobrenatural a tal culto, que podía parecerles exótico a los griegos, llegó a poner en circulación una curiosa leyenda: él mismo, Ptolomeo, *vio en sueños al coloso de Hades que estaba en Sínope. Ignoraba su existencia, no sabiendo su forma, y no habiéndolo visto jamás. En esta visión le ordenó el dios que hiciera transportar lo antes posible esta gigantesca figura a Alejandría... Entonces Ptolomeo envió a Soteles y Dionisio, y estos dos hombres, tras muchas penalidades y largo tiempo, a pesar de contar con la ayuda de la divina providencia, consiguieron llevarse furtivamente el coloso. Tan pronto fue visible aquella figura transportada, Timoteo y Manetón el Sebenita conjeturaron, por medio del Cerbero y el dragón que poseía como emblema, que se trataba de la estatua de Hades, y persuadieron a Ptolomeo de que no representaba a otro dios sino a Serapis* (Plutarco, *de Is. et Os.* 28; trad. de M. Meunier).

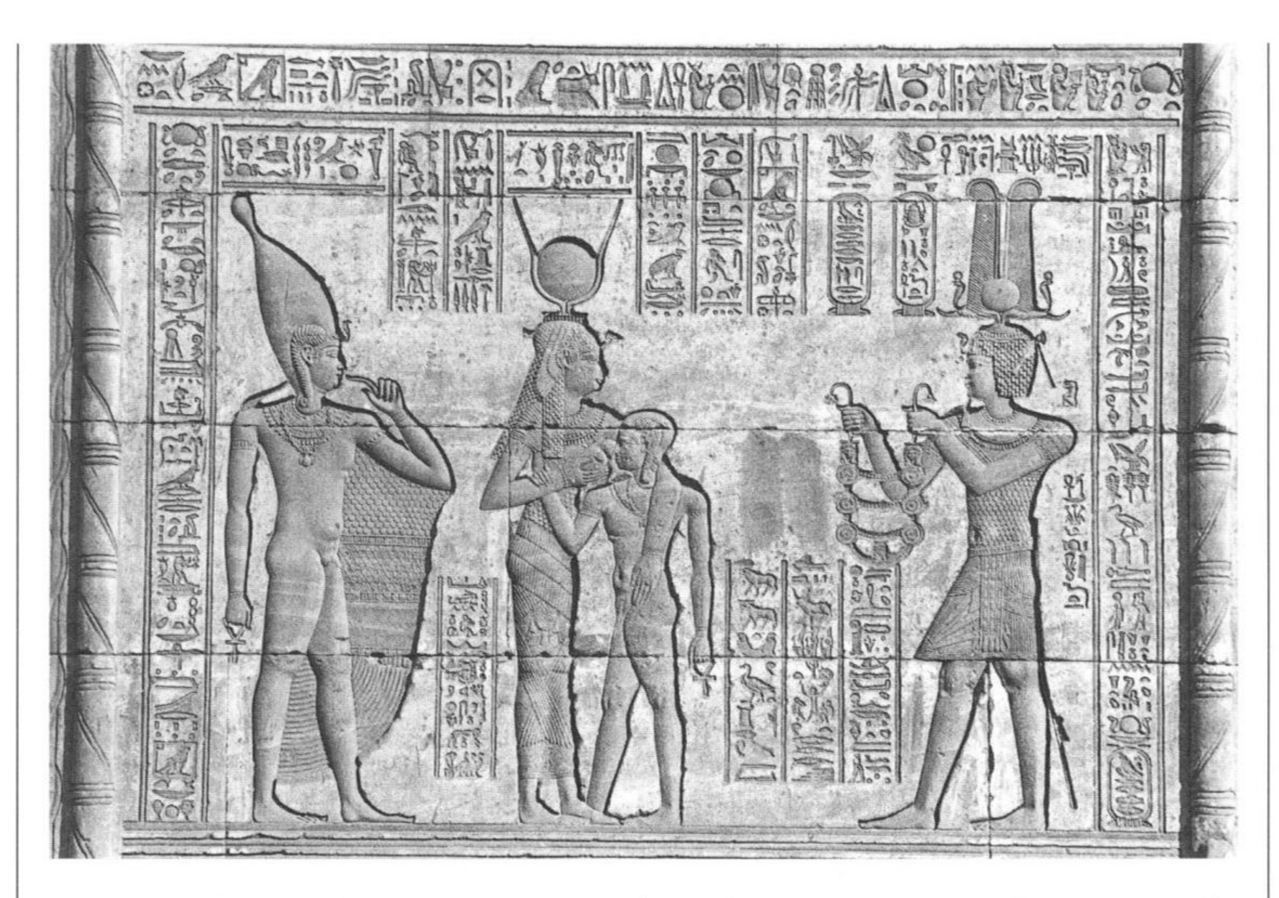
Por orden también del sátrapa, viajan por Egipto distintos emisarios, encargados de llevarle noticias directas de sus territorios; así pueden interpretarse el *Viaje río arriba a partir de Menfis,* hoy perdido, que escribió Amometo, y, sobre todo, el libro *Sobre los egipcios* de Hecateo de Abdera, que muestra un planteamiento muy abierto, capaz de apreciar las esculturas y pinturas faraónicas de Tebas incluso *desde el punto de vista artístico* (Diod., I 47-48).

Pero los años pasan. Tras Filipo III Arrideo, reina —también de forma nominal— Alejandro IV, y finalmente, en 311 a.C., queda vacante la diadema de Alejandro, sin posible sucesor. Poco tardarán sus generales en coronarse como reyes en sus respectivas satrapías, y Ptolomeo pasa por tanto a ser monarca en 305 a.C., siendo conocido como Ptolomeo *Soter (= el Salvador).*

A partir de esa época, o paulatinamente a lo largo de unos lustros, la actitud de Ptolomeo con relación a sus Estados va cambiando. Alejandría, con el tiempo, se ha convertido en una verdadera ciudad, pues han venido a poblarla gentes de todas las regiones de Grecia, ansiosas de gozar de la proverbial fertilidad del Nilo. El propio monarca, una vez asentado en el poder, emplea todas sus energías en conquistar cuantas islas y ciudades costeras puede en el Mediterráneo oriental, y pronto se da cuenta de que, para este cometido, son los ejércitos de mercenarios griegos y macedonios, y las flotas equipadas al modo helénico, el único instrumento efectivo. Egipto, poco a poco, ve cómo, en los proyectos del monarca, su papel se reduce al de un cuerpo nutricio cuyos brazos y actividad se extienden hacia Cirene y Asia Menor, y cuya cabeza, sintomáticamente, se traslada de Menfis a Alejandría. A la nueva capital van a parar los cortesanos, las moradas regias, e incluso, en un momento indeterminado, el propio cuerpo de Alejandro, símbolo legitimador de la nueva dinastía y héroe fundador de la ciudad.

El fin de la utopía

La utopía universalista de Alejandro queda, por tanto, olvidada para siempre. Los egipcios notan cómo, en cuestión de años, se multiplican los griegos en la nueva urbe, y hasta se instalan en la vieja colonia griega de Naucratis y en una fundación del nuevo monarca en el Alto Egipto, que recibe el nombre de Ptolemaida. Son las tres *póleis* con



El futuro faraón ptolemaico amamantado por la diosa Hator como prueba de su origen divino (relieve del templo de Dendera, de época ptolemaico-romana)

organización helénica que se distribuyen por el valle del Nilo. Pero también se advierte la llegada de gentes del Egeo a otras ciudades y pueblos, y a menudo con puestos de responsabilidad en la administración. Se asiste incluso a repartos de tierras para instalar a los mercenarios del ejército regio, sobre todo en el Bajo Egipto y en el Fayum.

Estos inmigrantes griegos no quieren, en principio, ni oír hablar de igualdad entre helenos e indígenas. Y el rey, macedonio al fin y al cabo, ve en ellos hombres de su misma lengua y mentalidad, e inclina la balanza decididamente de su lado. Cuando Ptolomeo *Soter* muera (282 a.C.), su hijo y sucesor Ptolomeo II, llamado *Filadelfo —el que quiere a su hermana—* por su matrimonio con su hermana Arsínoe II, no tendrá ya la menor veleidad en contra de esta política: nacido en la isla de Cos, educado a la griega y entusiasmado por la literatura y la ciencia helénicas, vivirá apasionadamente las actividades del Museo fundado por su padre en Alejandría, y sus objetivos políticos se centrarán, de nuevo, en la política exterior.

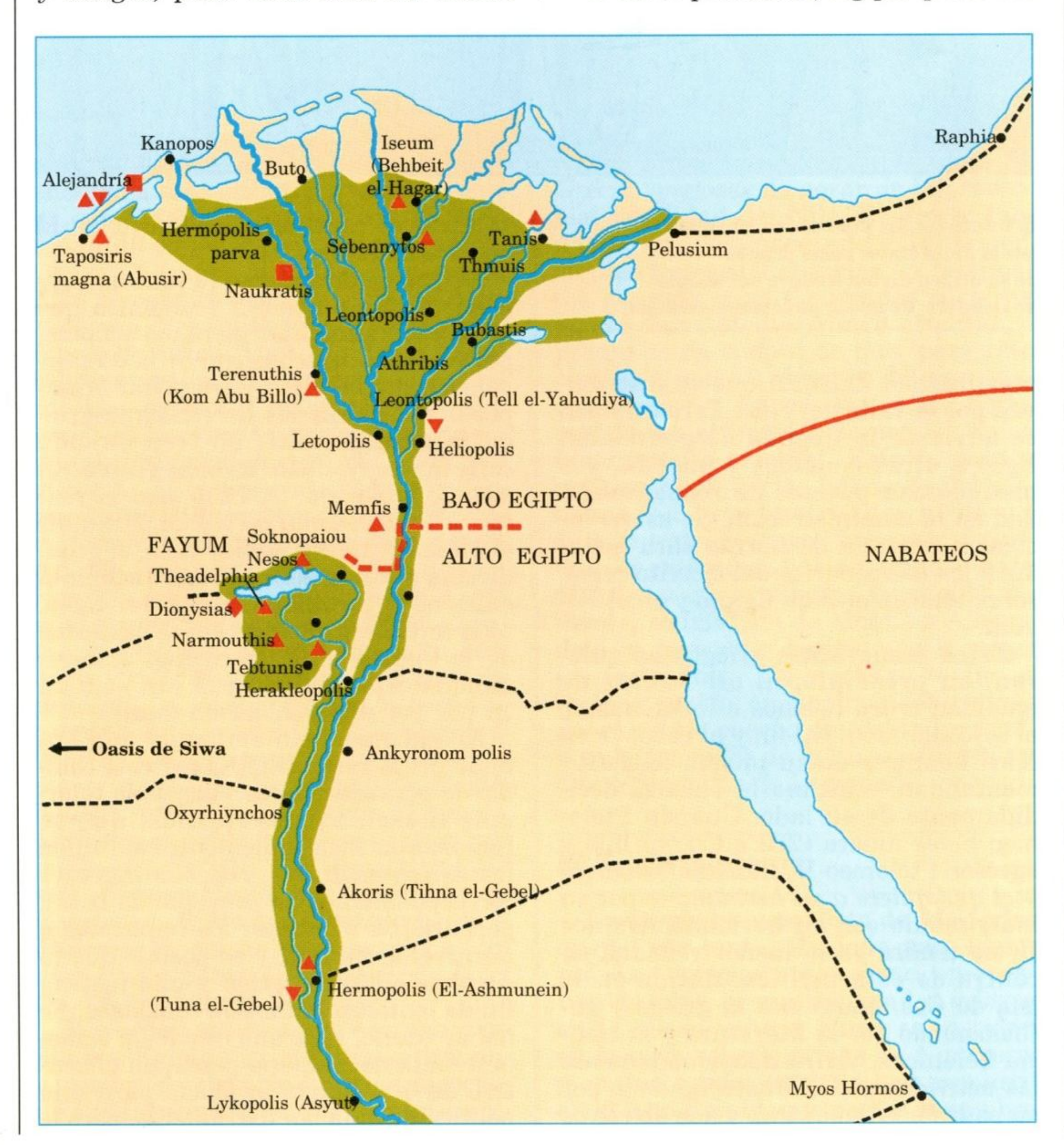
Egipto ha de aceptar su función subsidiaria, como reserva económica que sirve para alimentar ejércitos y flotas, para financiar luchas con Siria e intervenciones en Grecia, para pagar la importación de bienes de consumo griegos y para permitir un tren de vida cortesano cuyo fasto asombra a todo el mundo conocido. Si Ptolomeo II restaura el viejo canal de Necao para unir el Mediterráneo y el Mar Rojo, si acondiciona el oasis del Fayum, si aclimata cultivos y ganados traídos del Egeo, todo lo hace pensando en el bienestar de la Corona y de los colonos griegos, aunque éstos constituyan tan sólo un 10 por 100 de la población total.

No sabemos, sin embargo, que hubiese protestas en Egipto por este cambio de planteamientos. Acaso las reformas fuesen tan paulatinas que se impusieron insensiblemente; sin duda los éxitos militares, con sus ingresos correspondientes en concepto de botín, permitieron mantener los impuestos a un nivel aceptable; y es posible que la correcta administración y una justicia fluida evitasen o limasen tensiones. Se había vuelto, sí, a una situación semejante a la del Imperio persa, en el sentido de que Egipto producía para una política llevada por extranjeros, pero lo

cierto es que esos extranjeros se hallaban asentados en Egipto, de modo que, para un campesino indígena, no era mucha la diferencia con respecto al Imperio faraónico de mil años atrás. Podía decirse incluso que muchos de los objetivos de la política exterior ptolemaica —el control de Cirene, Celesiria y Siria, en particular— eran los mismos que habían movido a un Tutmés III o a un Ramsés II.

La propia administración interna de Egipto seguía, con variantes de detalle, la tradicional en el valle del Nilo. En la capital residía el monarca, sumo legislador, jefe supremo del ejército y titular de los principales sacerdocios. Le asistía su *auié,* o corte de *parientes y amigos,* pues tales eran los títulos macedónicos que el rey concedía a sus colaboradores más inmediatos, destinados a ser sus consejeros y acompañantes en todo momento. Junto a ellos, y ya con cometidos concretos, se hallaban unos personajes designados por el rey, asimilables de algún modo a nuestros ministros: se trataba del *encargado de negocios,* una especie de presidente de Gobierno; del *epistológrafo* o gran canciller, encargado de dirigir la correspondencia regia; del *dieceta,* administrador general de los bienes y la economía del rey, y del *archidicasta,* o ministro de justicia. Estos altos cargos, con sus respectivas oficinas de funcionarios griegos y egipcios, dirigían la marcha del Estado.

A nivel provincial, Egipto presenta-

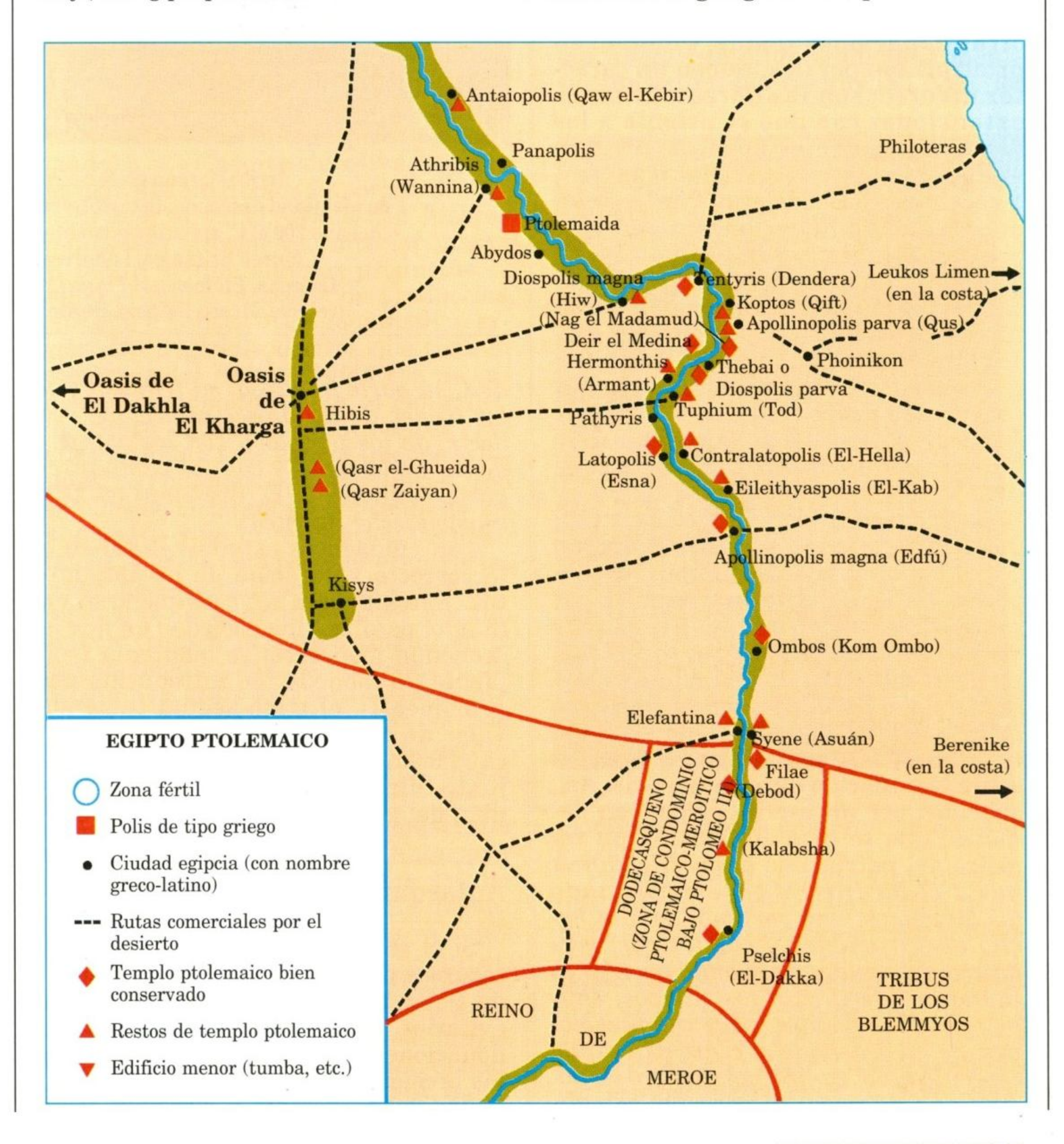


ba, aparte de sus tres *póleis* griegas, con sus órganos políticos ciudadanos, la tradicional división en unos cuarenta nomos. En cada nomo gobernaba el *nomarca,* siguiendo una tradición de milenios, pero ahora estaba acompañado por un personaje nuevo, que va acrecentando sus funciones a lo largo del período ptolemaico: se trata del *estratego* o gobernador militar. Junto a ellos, cumplen sus funciones concretas el *ecónomo,* representante directo del rey, y el *hipodieceta,* delegado del dieceta. Todos estos personajes, nombrados por el Estado, componen el gobierno provincial y dirigen a sus funcionados, ente los que destaca el *basilicogramateo* o secretario.

Cada nomo, a su vez, se divide en dos *toparquías,* con su *toparca* y su *topogramateo,* y éstas, a su vez, en un número indeterminado de aldeas *(lómai),* dirigidas por su alcalde o *comarca* y su secretario o *comogramateo.*

Pero esta administración jerárquica, en principio tan racional, se complica y acrecienta por la desmesurada importancia de los dominios regios y la intervención estatal en todos los campos de la economía. De nuevo se trata de un rasgo de raigambre faraónica, pero que podía resultar exótico para la mentalidad griega en la época helenís-

Mitad Norte, izquierda, y mitad Sur, abajo, del Egipto ptolemaico

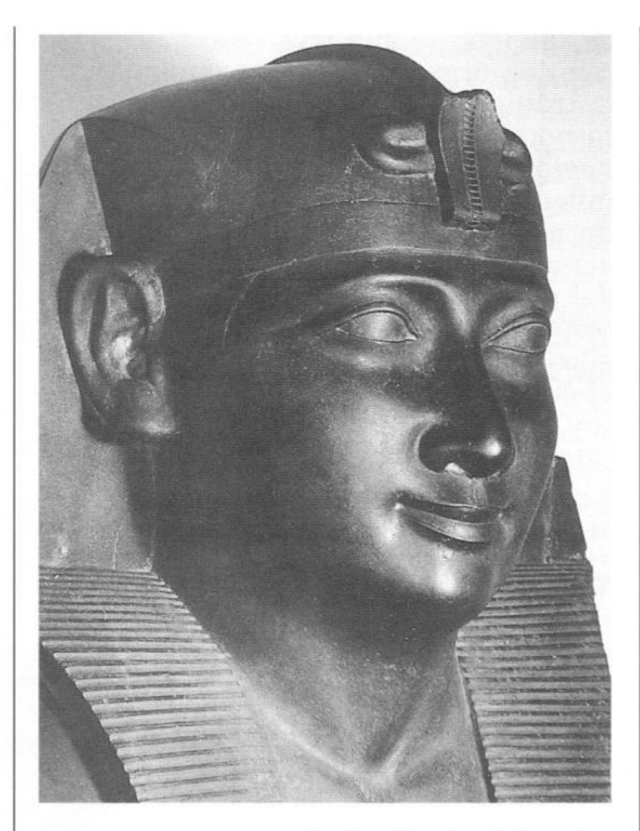


tica, sobre todo por que constituía una reliquia del pasado en un ambiente comercial lleno de dinamismo.

Aun haciendo abstracción del principio teórico según el cual toda la tierra de Egipto es propiedad del rey —principio que justifica simplemente la percepción de tributos—, lo cierto es que la propiedad —o mejor, posesión— de las tierras se distribuye entre el rey *(basiliké ge),* los templos y los particulares. La parte del monarca, al menos en el siglo III a.C., parece ser la más importante.

El Estado organiza el cultivo de la *basilikége* utilizando formas jurídicas muy variadas: a los soldados mercenarios les entrega parcelas o *kléroi* a título temporal, de por vida, o incluso, a medida que pase el tiempo, hereditario; otras donaciones regias, también en principio temporales, tienen un carácter diverso: son las *doreái,* grandes extensiones con que se premia a los funcionarios de alto rango; pueden observarse también arriendos a particulares o a asociaciones de campesinos, que se suelen hacer por un año y en concurso público; y el propio rey, en ocasiones, toma la dirección inmediata de ciertos cultivos, encargando a sus funcionarios que los supervisen y contraten jornaleros... Como se ve, no faltan soluciones, e incluso hay que contar con la más drástica, que es la simple donación definitiva de alguna tierra a un particular o, sobre todo, a un templo.

La producción agrícola, como en todas las sociedades antiguas, tiene un papel fundamental. Sus impuestos suponen la base del tesoro regio, y por tanto son esenciales la buena marcha de los trabajos, la correcta utilización de la crecida del Nilo y la diligencia en la actividad fiscal. En consecuencia, no es de extrañar que el Estado encargase profundos y actualizados estudios sobre la situación agraria del país. Así, sabemos por un escrito egipcio en demótico que se hizo en 258/257 un registro del patrimonio *desde Elefantina hasta el Mediterráneo, especificando los 39 nomos, uno por uno. Se han hecho declaraciones y comunicaciones acerca del agua y de cuándo los diques inundan y fertilizan los campos, enumerando las fuentes y sus canalizaciones. Se ha ordenado el censo de Egipto, especificando, campo por campo, su posibilidad de riego, su posición, su calidad, su parte frondosa, su relación con los bienes de los dioses protectores (es decir, de los templos), con los campos de las donaciones y con los campos regios...* (tomado de E. Bresciani en *Das ptolemäische Agypten).*



Arriba, faraón ptolemaico de identidad desconocida (escultura del año 200 a. C. aproximadamente, Museo Británico, Londres). Derecha, Ptolomeo II *Filadelfo* (relieve, Museo Egipcio, Berlín)

Tan cuidadosos estudios llevaban a la correcta valoración de los impuestos. Estos podían a veces pagarse en dinero, pero, en una sociedad en que la economía monetaria se mantenía incipiente (la moneda fue introducida por Ptolomeo I), el trigo seguía teniendo valor de cuenta, y las oficinas de recaudación ostentaban un gran silo adjunto, dirigido por el *sitólogo* o guardián del grano.

Autarquía y aislamiento

Si el rey quería mantener saneados recursos por este conducto fiscal, había de tener presentes ciertos peligros, y evitarlos. Debía reducir al mínimo las donaciones a templos, y resistir todas las presiones de los sacerdotes encaminadas desde siempre a lograr la exen-

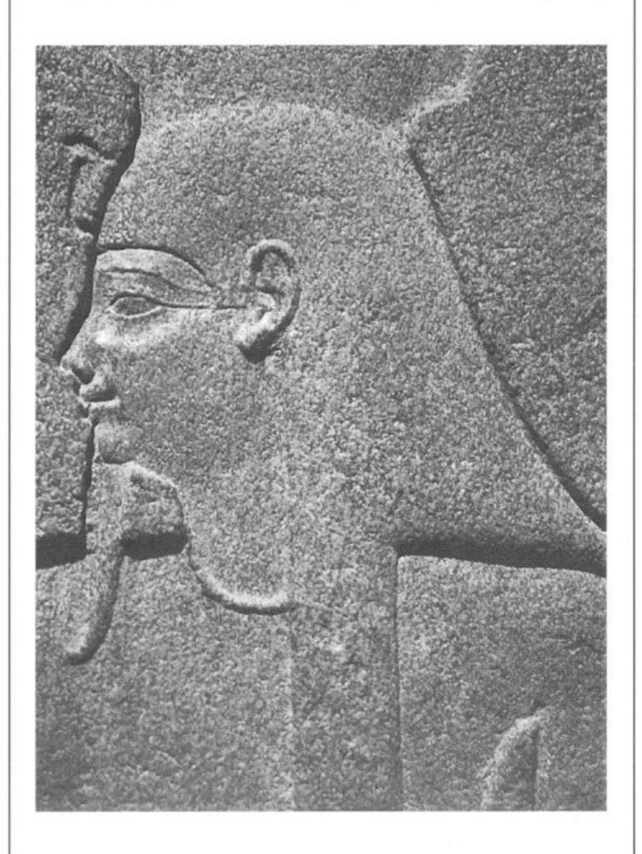
ción fiscal de los bienes y territorios sagrados. Debía evitar que las donaciones temporales pasasen a ser, por sistema, hereditarias; y debía medir sin excesos la posibilidad de pago de los contribuyentes, para evitarse críticas, ataques directos a los funcionarios e incluso sublevaciones. A principios del siglo III a.C. estos peligros podían parecer aún remotos, pero más tarde supondrán la tumba del Egipto lágida.

En cuanto a los demás apartados de la economía, de escasa importancia en la época faraónica, se encuentran casi en su totalidad en manos del rey. Suyas son, por ejemplo, las minas, donde trabajan esclavos en un régimen brutal. Suyo es el control de todo el comercio exterior, que se hace a través del puerto de Alejandría, y en el que el trigo, el papiro, el artesanado de lujo —vidrio, objetos de marfil y de metal— y los tejidos —a menudo producidos en los templos— suponen el grueso de las exportaciones, mientras que el vino, la madera y el aceite de oliva son los principales productos importados.

El rey, además, grava con fuertes impuestos el comercio interior, hasta el punto de que algunos productos —como el lino o el aceite de producción egipcia— constituyen monopolios regios. Ha llegado a decirse que toda la economía del Egipto lágida era un inmenso monopolio: hasta el campo financiero estaba en manos del rey, pues no había más bancos que los estatales, arrendados a particulares, eso sí: ellos se encargaban del cobro de los impuestos y de la realización de préstamos. Por lo demás, todo eran cortapisas: no se permitía el uso de otra moneda que la acuñada por el Estado egipcio (contra la norma común en el mundo helenístico); los intereses de los préstamos eran extraordinariamente altos (24 por 100 frente al 10 por 100 normal en el Egeo), y el rey se permitía manejar a su gusto la ley del metal acuñado.

Esta economía dirigida mostraba una clara tendencia hacia la autarquía y el aislamiento: era la única salida, pues sus planteamientos, como hemos dicho, correspondían a épocas ya superadas en el Mediterráneo oriental. Pero tenía, pese a todo, un valor socialmente positivo: mientras que los demás Estados helenísticos se lanzaban a un sistema de producción donde, para lograr precios competitivos, había que multiplicar la mano de obra esclava, con lo que ello supone de sufrimiento, conflictividad y hasta rebeliones —como la de Espartaco—, nada de esto se observaría en Egipto. En efecto, aquí se mantiene la situación tradicional, donde los esclavos prácticamente no existen —salvo en las minas o, a veces, en el servicio doméstico—, y todo trabajador, en principio, recibe su salario o vive de la tierra que cultiva.

Sin embargo, no podemos ver tras este rasgo un planteamiento idealista o igualitario: la presión del rey y de los templos, que a veces obligan a permanecer en sus tierras a los campesinos, como verdaderos siervos de la gleba, nos muestra, sencillamente, que el criterio de libertad en Egipto suponía menos derechos personales que en Grecia. Conscientes de ello, y de que tal sistema había cumplido tradicionalmente su función en las riberas del Nilo, los



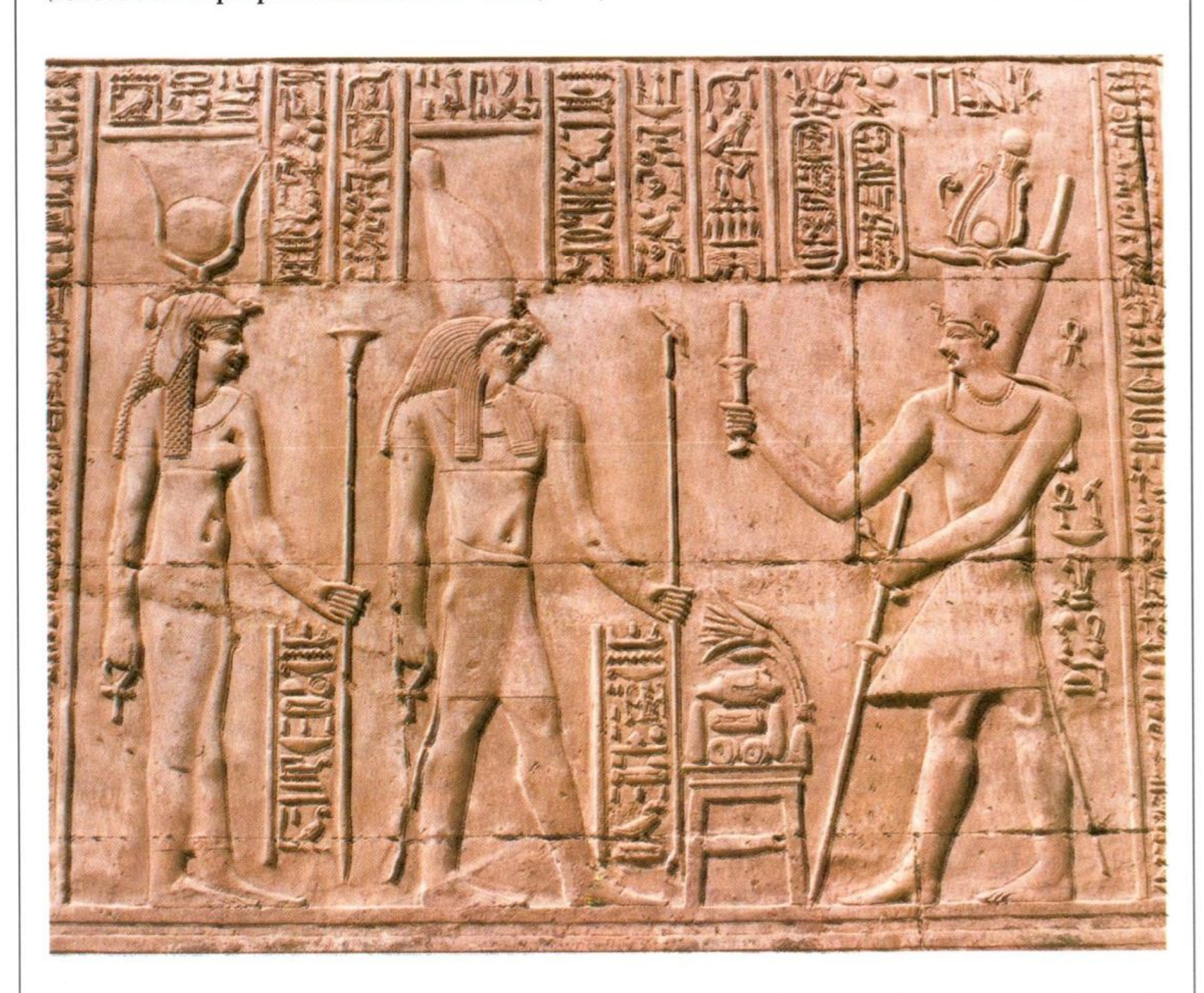
monarcas lágidas cuidaron de no cambiarlo.

Por ello renunciaron a plantearse una reforma jurídica en profundidad. Bajo su poder, derecho griego y derecho egipcio ancestral convivieron, contando incluso con tribunales separados. Véase si no este decreto del 118 a.C., que se refiere a *pleitos entre egipcios y griegos, es decir, los emprendidos por griegos contra egipcios o por egip-*

cios contra griegos, sea cual sea su categoría, salvo los que cultivan la tierra regia, los que trabajan en los monopolios del gobierno y los que se ocupan del fisco. Los egipcios que han hecho contratos en griego con griegos han de dar y recibir satisfacción ante los chrematistai, *mientras que los griegos que han hecho contratos en egipcio deben dar satisfacción ante los* laokritai, *siguiendo las leyes del país* (es decir, las egipcias tradicionales). *Los pleitos de egipcios contra egipcios no deben ser tramitados por los* chrematistai, *sino que éstos han de dejar que los tramiten los* laokritai, *siguiendo las leyes del país* (PTeb., I, 5, 207-220). Sólo en los casos concretos de competencia entre legislaciones se imponía un tribunal mixto, el *koinodikion.*

Esta dicotomía legal —que, por cierto, no era siempre más restrictiva en el derecho egipcio, pues en él, por ejemplo, sabemos que la mujer y el hombre estaban mucho más equiparados en derechos— supuso también una barrera entre griegos y egipcios. Acompañada de normas que impedían o dificultaban los matrimonios mixtos, logró retardar durante décadas unos contactos que la lógica y la convivencia imponían, y, de rechazo, alimentó el nacionalismo egipcio frente a los griegos.

Es al comenzar la segunda mitad del siglo III a.C. cuando observamos los primeros síntomas, aún muy leves y dudosos, de fisuras en el sistema. Frente a la economía fluida, sin traumas, que parecía caracterizar el reinado de Ptolomeo II (282-246 a.C.) —y que podemos sentir a través de los llamados *Papiros de Zenón,* reflejo de las propiedades del dieceta Apolonio—, ahora acontecen fenómenos nuevos. En torno al 250 a.C., hallamos los primeros casos documentados de matrimonios mixtos. Inmediatamente después, se nos informa de un hecho que parecía imposible: Ptolomeo III, recién



Uno de los faraones de la dinastía ptolemaica presenta ofrendas a los dioses Haroeris y Hathor (relieve del templo ptolemaico de Kom Ombo)

coronado, se lanza a la conquista del reino seléucida, haciendo gala de una fuerza impresionante, pero, curiosamente, ha de volver de forma precipitada a Egipto para sofocar una rebelión: *Si una sedición no hubiese reclamado su presencia en Egipto, se hubiera apoderado de todos los estados de Seleuco,* afirma textualmente Justino (XXVII, I, 5 ss.).

Nadie nos dice si tal rebelión, capaz de hacer renunciar al rey a todo un Imperio, fue un complot palaciego o una revuelta indígena. Pero tiende a acercarnos a esta segunda hipótesis la exquisita corrección con que, a su vuelta, el monarca trata a los egipcios, y sobre todo a sus sacerdotes: inmediatamente les trae todo un conjunto de imágenes sagradas que, tiempo atrás, se habían llevado los persas a su tierra, y poco tiempo después (237 a.C.) se inician las obras del que sin duda será el mayor templo ptolemaico en estilo egipcio: el de Horus en Edfú.

A pesar de este tropiezo interno, Ptolomeo III *Evergetes —Bienhechor—* mantuvo, como sus predecesores, una política exterior muy activa, tendente a conservar y aumentar su Imperio. Pero esta política, parecida a la de todos los monarcas de la época, empezaba ya a mostrar sus amargos frutos: debilitamiento de los Estados helenísticos, problemas económicos generalizados e inquietud ante una potencia occidental, Roma, que acababa de abatir el empuje naval cartaginés en la Primera Guerra Púnica. Aún se trata de meros atisbos, y Ptolomeo III puede sentirse dueño de un Imperio mayor incluso que el de su padre, pero el dato interesa para entender el curso posterior de los acontecimientos.

La crisis del reino

El reinado de Ptolomeo IV *Filopátor —el que quiere a su padre—* comienza en 221 a.C. y marca la inflexión del reino de los Lágidas. Hasta entonces, Egipto era indiscutiblemente el Estado más rico de todos los helenísticos, el mejor controlado por su rey y el mejor administrado. Alejandría, su capital, significaba para todos los griegos la cima de la cultura, y allí iban, como otrora a Atenas, cuantos poetas y científicos querían darse a conocer y triunfar. El Imperio lágida, ayudado por su alianza con la flota rodia, era el árbitro indiscutible de los mares y del comercio en la mitad oriental del Mediterráneo. En pocos años toda esta estructura se desmoronará.

Obviamente, se ha tendido a echarle las culpas al monarca, aludiendo a *su vida siempre indolente y depravada* (Polibio, Hist., V, 87, 3), a su escasa capacidad y al abandono de sus poderes en manos de ambiciosos sin escrúpulos. Pero lo cierto es que la situación tenía un trasfondo tan deteriorado que fue, curiosamente, una brillante victoria lo que marcó el principio de la crisis.

Cuando, en 217 a.C., el rey de Siria Antíoco III, decidió conquistar Palestina y adentrarse en Egipto, la corte de Alejandría quedó aterrada: en sus últimos años, Ptolomeo III se había dedicado a financiar guerras entre los demás monarcas, pero había descuidado por completo el ejército propio. Hubo que reclutar rápidamente mercenarios y, para completar las tropas, se creó un cuerpo de 20.000 egipcios —una tercera parte del total— adiestrados a toda prisa.

Cuando tuvo lugar la batalla, junto a la ciudad de Rafia (217 a. C.), fue precisamente el cuerpo de egipcios el que la decidió a favor de Ptolomeo IV; los nativos, apartados durante generaciones del ejército macedónico por considerárseles de escaso valor militar, se daban cuenta de que los ejércitos griegos no eran invencibles, y tal revelación cundió como la pólvora: según Polibio, *la victoria de Rafia ensoberbeció a aquellas gentes y ya no soportaron recibir más órdenes. Se creían capaces de luchar por sí mismos y buscaron algún personaje que pudiera guiarlos. Eso fue lo que acabaron por lograr, y muy pronto (Hist,* V, 107 3). Mientras



Arriba, efigie de Ptolomeo IV *Filopator*, 221-204 a.C.; derecha, Ptolomeo V *Epífanes*, 204-188 a.C.

que el rey recuperaba parte de los territorios que le arrebatara Antíoco III, en Egipto prendía la llama de la rebelión nacionalista.

Son varios, aunque inconexos, los datos que tenemos sobre esta sublevación, verdadera guerra de independencia, que durará tres décadas.

Los primeros brotes surgieron, al parecer, en el Delta, pero pronto fue el Alto Egipto —más aislado y fácil de defender, y con menor densidad de pobladores griegos— el lugar donde se organizó el ejército rebelde. Es muy probable que contase con el apoyo de los etíopes de Meroe, que años antes habían vivido en paz con Ptolomeo III, repartiéndose con él el territorio del Dodecasqueno, al sur de Asuán, pero que ahora querían extenderse hacia el norte. De cualquier forma, sabemos de dos jefes egipcios o etíopes, Harmachis (o Hor Wennefer, 205-199 a.C.) y Ankhmachis (o Ankh Wennefer, 199-186 a.C.), que encabezaron las luchas contra el gobierno ptolemaico, y a los que podríamos, desde cierto punto de vista, considerar verdaderos faraones.

En el 207 a.C., todo el Alto Egipto estaba ya en armas, y las obras que se realizaban en Edfú por encargo de Ptolomeo IV se paralizaron: como dice la propia inscripción jeroglífica del templo, *la entrada principal fue terminada, junto a las puertas dobles de su sala ancha, en el año 10 de Su Majestad. Entonces estalló una revuelta, y ocurrió que bandas de insurgentes se escondieron en el interior del templo* (citado por E. Bevan).

El rey, reducido al Delta, muere en 204 a.C., dejando todo su reino en un estado calamitoso. Incluso Filipo V de Macedonia y Antíoco III pensaron en repartirse sus territorios y, aunque no llegaron a tanto, puede decirse que, hacia el 200 a.C., tras una victoria definitiva de Siria sobre Egipto en Panion, no quedaban bajo el dominio de la corte alejandrina más que Cirene, Chipre, Thera y el puerto cretense de Itanos, además del sublevado Egipto.

La situación era particularmente dramática, porque el sucesor de Ptolomeo IV era aún un niño. No tendrá sino doce años de edad cuando decida la corte coronarlo rey (197 a.C.), y entonces, sin duda para buscar un acercamiento con los egipcios, se decidirá consagrarlo faraón en Menfis, desenterrando para ello las fórmulas ancestrales olvidadas desde generaciones atrás.

Bien sabía el Estado lágida que el nacionalismo egipcio contaba, como elemento rector natural, con el clero indígena. Los sacerdotes, que a menudo se sucedían en sus cargos de padres a hijos, eran los depositarios de la cultura religiosa, de los ritos, de la mitología, de lo más elevado, en suma, del viejo saber faraónico. Ganárselos era una baza esencial para descabezar el movimiento rebelde, y nadie ignoraba cómo lograrlo: ya Ptolomeo III, en el *Decreto de Canopo* (237 a.C.), recibió el agradecimiento del clero por haberle perdonado ciertos tributos y haber colmado de regalos y agasajos los templos. Era obvio que se debía profundizar el mismo surco.

El joven Ptolomeo V *Epífanes —Ilustre—* y sus consejeros dedicarán todas sus energías a combinar donaciones a los templos y acciones bélicas contra los sublevados. Tras los primeros éxitos, como la toma de Licópolis, los sacerdotes, reunidos en Menfis en supremo cónclave, acuerdan agradecer al monarca sus mercedes y otorgarle una serie de tratamientos divinos, y nos dejan sus considerandos y decisiones en una estela destinada a tener un puesto de honor dentro de la egiptología: la *Piedra de Roseta* (196 a.C.).

Pero la sublevación distaba de haber sido sofocada. Fue diez años después cuando, por fin, las tropas reales pu-

dieron apresar a Ankhmachis, restablecer el poder regio sobre la Tebaida y reiniciar las obras del templo de Edfú; y aún tendrán que rechazar en 186/185 a.C. a los etíopes más allá de la Primera Catarata para que Ptolomeo V, junto a su esposa Cleopatra I, coloquen en Filae una inscripción dedicada a Asclepio-Imhotep. Sólo quedaban entonces núcleos aislados de rebeldes: el último en caer actuaba en el Bajo Egipto, y sus líderes, viéndose sin duda perdidos, aceptaron una promesa de perdón y se rindieron (184/183): *se presentaron en Sais, donde se entregaron a la lealtad del rey. Pero Ptolomeo*



violó sus juramentos, ató a aquellos hombres desnudos, tiró de ellos con carros y, tras inferirles tales tormentos, los mandó matar (Polibio, *Hist.*, XXII, 17, 2-3). La gran sublevación nacionalista había concluido.

Sería sin embargo ingenuo pensar que todo quedaba solucionado. Aun multiplicando las medidas de gracia, que propugnaban un borrón y cuenta nueva y un futuro entendimiento general, no por ello dejó de crear el rey un puesto nuevo, el de *epistratego,* ministro que se encargaría de velar por el orden interno del país; en el Alto Egipto, además, recibiría poderes especiales el *estratego de Tebaida,* convirtiéndose en virrey de la zona: bien sabía el Estado que era necesario un seguimiento constante y rápido en una región potencialmente rebelde.

Además, era evidente que el siglo II a.C. no se presentaba tan fácil como el anterior. Perdido todo el Imperio de ultramar, salvo los enclaves que hemos citado, Egipto se veía condenado, por su estructura económica, a una autarquia cada vez más dirigida y hermética. Los gastos regios sólo podían cubrirse con los impuestos internos, y éstos recaían en menos espaldas que antes, dadas las exenciones logradas por los templos en sus crecientes territorios. La presión tributaria se hacía por tanto agobiante, y alcanzó en ocasiones tales límites que muchos campesinos huyeron de sus tierras *(anacoretas,* es decir, huidos, se les suele llamar), convirtiéndose en salteadores de caminos o yendo a engrosar la desmesurada población de Alejandría. Ante tal cúmulo de problemas, que pronto se harán endémicos, las tensiones, la inseguridad y las revueltas se convierten en moneda corriente.

En este contexto, la ideología nacionalista, aun sin desaparecer, pierde importancia relativa: los matrimonios mixtos han sido ya muchos; hay regiones, como el Fayum, en que puede hablarse de población mestiza, y en pocas ciudades dejan de mezclarse gentes de variados orígenes. Esto no excluye por completo —tendremos ocasión de verlo— enfrentamientos o revueltas de carácter racial o cultural, pero lo predominante será el estallido de violencia como simple vehículo de descontento económico o de desarraigo social. A este respecto cabe señalar el papel decisivo de la turbulenta plebe alejandrina, con sus salvajes movimientos de masas y su capacidad para dejarse arrastrar por cualquier demagogo: sus disturbios y algaradas presiden toda la política del decadente reino lágida, poniendo y quitando a placer reyes o ministros.

Fue poco el tiempo de paz de que pudo gozar Ptolomeo V, pues murió muy joven, con 28 años de edad, en 180 a.C. Ello explica incluso su escasa actividad como constructor; pero no por ello debemos olvidar los santuarios que se levantan en el Dodecasqueno hacia el cambio de siglo, por lo que tienen de reflejo político: si Ptolomeo IV y Ergámenes de Meroe se pusieron de acuerdo para levantar el templo de Dakka, unos años después, en plena sublevación de la Tebaida, el sucesor de Ergámenes, Azakheramón, se permite el lujo de construir, como faraón único, un pequeño templo a 15 kilómetros de Filae: se trata de nuestro ya familiar templo de Debod. En venganza

por una actitud tan poco amistosa, Ptolomeo V hará borrar las inscripciones de Ergámenes en Filae.

A la muerte de *Epífanes,* y durante la minoría de edad de sus hijos, la reina viuda, Cleopatra I, dirigió un gobierno tranquilo, dedicado a la lenta reconstrucción del país. Pero cuando ella murió (175 a.C.) comenzaron las complicaciones: inmediatamente fue coronado rey su hijo mayor, Ptolomeo VI, quien, haciéndose eco del aprecio suscitado por la difunta reina, tomó el sobrenombre de *Filométor (= el que quiere a su madre),* y su reinado no pudo comenzar con peor pie. Sus consejeros, confiados en el poder del ejército, intentaron atacar Siria, y la respuesta del rey seléucida, a la sazón Antíoco IV, fue fulminante: por dos veces (169 y 168 a.C.) llegó con sus tropas a conquistar Menfis, y hasta se permitió, según algunos, coronarse faraón con los ritos ancestrales. Solamente la presencia de Roma, encarnada en su legado C. Popilio Lenas, le obligó a retirarse, pero los saqueos de los sirios acarrearon la devaluación de la moneda egipcia y un consiguiente desorden económico.

Paz y terror

Ante lo desesperado de la situación y la inoperancia del joven monarca, la plebe alejandrina entregó el poder al hermano menor de Ptolomeo VI, a quien hoy solemos conocer como Ptolomeo VIII, con lo que aún se complicó más la tarea de gobierno. Durante cinco años reinaron a la vez los dos hermanos, junto con la esposa del primero —y hermana de ambos—, Cleopatra II. Fue un período amargo, de abrumadora presión fiscal. Entre los que huían de sus tierras, había incluso quienes se refugiaban en los templos, recluyéndose en particular en el Serapeo de Menfis, para vivir del servicio del dios y del sagrado derecho de asilo.

En este ambiente enrarecido, la intriga y la sublevación estaban a flor de piel, y estallaron en la figura de un oficial del ejército, Dionisio, también llamado Petosarapis. Este personaje, que *sobrepasaba a todos los egipcios en el campo de batalla y despreciaba a ambos reyes a causa de su juventud y falta de experiencia,* quiso enemistarlos para sacar provecho. Pero, quebrado su plan por el espíritu conciliador de Ptolomeo VI, huyó de Alejandría y mandó mensajes a *aquellos soldados que estaban dispuestos a participar en la revolución... El rey marchó contra ellos y resultó victorioso, matando a muchos y persiguiendo a otros. Forzó a Dionisio a cruzar a nado, desnudo, el río y a retirarse entre los nativos a los que incitó a la revolución. Como era un hombre enérgico, fue recibido entusiásticamente por los egipcios y pronto tuvo muchos partidarios.*

La insurrección se extendió con rapidez: enseguida *hubo otros disturbios en la Tebaida, puesto que las masas andaban muy dispuestas para la revuelta. El rey Ptolomeo* (VI) *avanzó contra ellos con un gran ejército y con facilidad recobró el control sobre el conjunto de la región. Pero había allí una ciudad llamada Panópolis, enclavada sobre una antigua fortaleza que parecía una posición segura por la dificultad del acceso, por ello, los más activos de los rebeldes se congregaron allí. Ptolomeo, al ver la desesperación de los egipcios y lo recio del lugar, decidió sitiarlo y, tras padecer muchas penalidades, logró capturarlo, con lo que castigó a los culpables y volvió a Alejandría* (Diodoro, XXXI, 1 5a y 1 7b; trad. de A. Lozano). Pero, llegado a la capital, Ptolomeo VI se encontró con que su hermano le había usurpado el poder, y lo mejor que se le ocurrió fue ir a Roma a pedir la ayuda del Senado (164 a.C.).

La situación de Egipto, reducido a solicitar arbitraje a la creciente y poderosa Roma, era ya humillante. Se puede decir que, a partir de entonces, ésta ejercerá un verdadero protectorado sobre el valle del Nilo, y que los monarcas lágidas, atentos sólo a su poder personal, serán incapaces de sacudirse esta tutela. Pero al menos habremos de convenir que, en este caso, la decisión del Senado fue beneficiosa: Ptolomeo VIII fue enviado como monarca a Cirene (que quedaba así desgajada de la monarquía egipcia), y Ptolomeo VI *Filométor* volvió a ocupar su puesto en Alejandría.

Ptolomeo VI, según los testimonios que nos han llegado, era un hombre bueno y un buen rey: *fue hombre tan pacífico y noble como el que más de los reyes anteriores...; no hizo matar a ninguno de sus amigos por una acusación formulada contra ellos, y no creo que*



Gran patio del templo ptolemaico de Edfú; al fondo, el pílono visto desde el interior (por David Roberts, 1840)

otros alejandrinos murieran por orden suya... Sin embargo, cuando las cosas le marchaban bien y prósperamente su espíritu desfallecía, y una indolencia y un desenfreno típicamente egipcios se apoderaban de él (Polibio, *Hist.*, XXXIX, 7 trad. de M. Balasch). Bajo su reinado (163-145 a.C.), un período de calma y relativa prosperidad parece extenderse por todo el país, y el rey y la reina (que por primera vez aparece a nivel de igualdad con su esposo en las fórmulas oficiales, inaugurando así una costumbre destinada a perpetuarse) multiplican sus viajes por el Nilo, fomentando obras variadas en numerosos templos del Alto Egipto. En tal ambiente de recuperación, llegan incluso a conquistarse territorios al sur de la Primera Catarata, y el afán constructor del monarca deja su huella en el ya citado templo de Debod.

La paz generalizada permite imponer normas que en otro momento hubieran suscitado protestas, como la preeminencia y casi necesidad práctica de la lengua griega en los documentos y contratos. Y, por lo demás Egipto se convierte en un lugar hospitalario; allí llegan en busca de sosiego numerosos judíos, temerosos de las guerras que sacuden su patria. Su presencia refuerza la ya amplia colonia hebrea de Alejandría, e incluso un sacerdote, Onías, recibe el permiso de construir en Leontópolis una reproducción del Templo de Jerusalén.

Por desgracia, una caída de caballo acabó con la vida de Ptolomeo VI en Siria, donde el pueblo de Antioquía le había ofrecido la corona seléucida (145 a.C.). A Ptolomeo VIII, que llevaba años urdiendo conjuras contra su hermano, le faltó tiempo para desembarcar en Alejandría, asesinar al pequeño hijo y sucesor de *Filométor*, conocido como Ptolomeo Vll, hacerse coronar y casarse con la viuda, Cleopatra II.

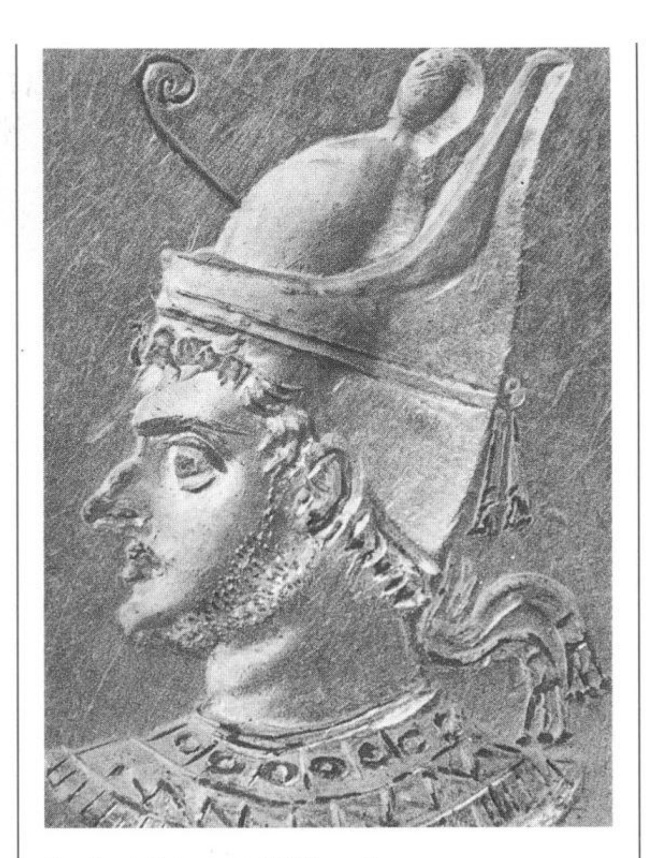
Pocos monarcas en el mundo habrán podido cargar con tal mala fama como Ptolomeo VIII, que se dio a sí mismo el título de *Evergetes (= Bienhechor),* pero al que los griegos alejandrinos conocieron más bien como *Kakergetes (= Malhechor)* o *Physkon (= Panzudo).* Ya

su mero aspecto físico le hacía desagradable: *A causa de los placeres y el lujo, su cuerpo se hallaba totalmente deformado por la gordura, con una tripa de tal tamaño que hubiera sido difícil rodearla con los brazos; para taparla, llevaba una túnica que le llegaba hasta los pies, con mangas hasta las muñecas* (Ateneo, Xll, 549d). Pero más graves aún fueron sus actos, entre los que se contaron asesinatos de príncipes (entre ellos, el de su propio hijo Ptolomeo *Memphites*), bigamia (se casó también con Cleopatra III, hija de Cleopatra II, teniendo a madre e hija como esposas a la vez) y brutalidades múltiples, en particular contra la plebe de Alejandría.

Renunciamos a relatar en detalle la novela de terror que fue su reinado en el ambiente de la corte. Por lo que a Egipto se refiere, nos remitimos a la opinión que sacaron los embajadores de Roma, presididos por Escipión Emiliano, que visitaron el país en 140/139: *Asombrados por la numerosísima población y por las cualidades naturales de la tierra, volvieron con la impresión de que podría tratarse de la cuna de un gran Estado, si el reino hallase señores dignos de él* (Diodoro, XXXIII, 28b).

Ante el mal gobierno, y tras unos años de paz más o menos tensa, no podía sino estallar la rebelión. En 132/131 se desencadenan desórdenes por todas partes, y, mientras que vemos a un nativo, Harsiese, intentando independizar la Tebaida, hallamos que la plebe de Alejandría, fiel partidaria de Cleopatra II y del recuerdo de su primer esposo, intenta incendiar el palacio real y liberar a la reina de la poco deseada tutela de *Kakergetes.*

El rey huye, pero su partido reacciona. Se ha dicho que la mala fama del monarca procede de su inclinación hacia el elemento egipcio del reino, e incluso que la lucha entre Ptolomeo VIII y Cleopatra II es una lucha entre egipcios y griegos. En realidad, la situación no está tan clara, y debe matizarse, pero sí es cierto que hallamos bastantes egipcios del lado de *Evergetes* II: en 130 a. C., cuando éste vuelve a Egipto, vemos por ejemplo cómo Paos, nativo y estratego de Tebaida, asedia por cuenta del rey la ciudad de Hermonthis, partidaria de su hermana. El avance victorioso de los ejércitos de Physkon, que se prolonga desde 129 hasta 127, comienza en el Delta y concluye con la derrota de las tropas de Cleopatra II en el Alto Egipto y con la conquista de Alejandría, seguida de brutal represión. Las asociaciones religiosas o deportivas helénicas, quedan desmanteladas, y el Museo, ya maltratado por el rey años antes, desaparece casi por completo.



Arriba, Ptolomeo VI *Filometor* (efigie en el chatón de una sortija, Biblioteca Nacional, París). Derecha: dos cartuchos, con los nombres de Ptolomeo y Cleopatra, escritos en jeroglífico; junto con otros, ayudaron a Champollion a encontrar la clave para descifrar las inscripciones

Por lo demás, la aceptación de su derrota por Cleopatra II no supone el fin de las hostilidades y del desorden general. En 123 a.C. sabemos de luchas entre ciudades, y en 122/121 aún dominaba la violencia en los alrededores de Ptolemaida. Cuando, en 118, Ptolomeo VIII, Cleopatra II y Cleopatra III promulguen un decreto para reordenar Egipto, con su amnistía, perdón de impuestos atrasados, reiteración de la exención de impuestos a los templos, etcétera, habrán de dar facilidades para acelerar la reconstrucción de casas y santuarios, e invitar a los numerosos campesinos huidos a regresar a sus tierras.

En 116 a.C. mueren el ya viejo Ptolomeo VIII y, muy probablemente, Cleopatra II. Apenas ha comenzado la enésima pacificación del país, y el mejor recuerdo que deja el monarca difunto son sus múltiples obras arquitectónicas en templos, destinadas a halagar a sus partidarios nativos.

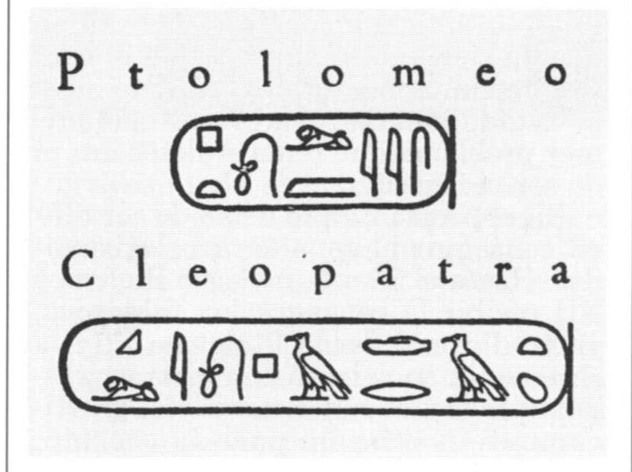
Cleopatra III, ya sola en el trono, escogió como nuevo monarca a su hijo mayor, Ptolomeo IX *Soter* II, al que los alejandrinos, ignoramos por qué, llamaban *Láthyros (= Garbanzo);* ambos inauguraron el reinado recorriendo el Nilo y visitando al estratego de Tebaida, el egipcio Phommous; decididamente, cada vez vemos más egipcios en los puestos de responsabilidad del reino, incluidos los de carácter militar.

Pronto, sin embargo, empezaron las disensiones en la corte: Ptolomeo IX quiere orillar a Cleopatra III; ésta da un golpe de Estado (108/107 a.C.), llamando a su otro hijo Ptolomeo X Alejandro; Ptolomeo IX huye a Chipre; Cleopatra III muere, acaso asesinada por Ptolomeo X, y éste último se hace con el poder absoluto (101 a.C.). No merece siquiera la pena detenerse en esta saga de ambiciones mezquinas, ni en el retrato del impopular Ptolomeo X, tan gordo como su padre y aficionado, además, a emborracharse. Su gesto más sonado será hacerse con el sarcófago áureo de Alejandro, y pagar con él a los mercenarios con los que reconquistó Alejandría sublevada en 89 a.C. De poco le sirvió: tuvo que huir de nuevo, y fue muerto en el mar (88 a.C.).

El interior de Egipto, en medio de todo este vaivén, no parece que presentase la menor actividad bélica. La lenta reconstrucción proseguía, los esquilmados campesinos hacían lo posible por pagar unos impuestos que sólo servían para mantener ejércitos de pretendientes, y se esperaba un momento propicio para reunir fuerzas y hacer estallar la exasperación general.

La ocasión vino precisamente cuando el odiado Ptolomeo X murió. Al volver de Chipre Ptolomeo IX *Soter* II para recuperar su corona, se encontró con una nueva sublevación de la Tebaida. Líderes nativos volvían a proclamar los deseos tradicionales de independencia. Sólo alguna ciudad aislada, como Pathyris, paradójicamente gobernada por un egipcio, se declaró leal al rey. Nos han llegado las cartas que envió Platón, general estacionado en Latópolis, para dar ánimos a sus ciudadanos; he aquí una de ellas, de fines del 88 a.C.: *De Platón a los sacerdotes y habitantes de Pathyris, saludos. Mi hermano Filoxeno me ha informado en una carta que me ha traído Orses que el gran dios* (Ptolomeo) *Soter ha llegado a Menfis y que Hierax ha sido encargado de someter la Tebaida con muy grandes fuerzas. Para que tales nuevas puedan reanimar vuestro valor, he decidido comunicároslas. 19 de Paophi del año 30* (citado por E. Bevan).

Las tropas reales debieron, sin embargo, tardar en remontar el Nilo, porque necesitaron tres años para acabar con la rebelión. Eso sí, en su avance hubo etapas dramáticas, y la más terrible de todas fue el saqueo y destrucción de Tebas, la venerable y prestigiosa urbe faraónica, corazón espiritual del Alto Egipto. Sólo los templos quedaron en pie.



La decadencia

Abatido por completo el nacionalismo egipcio en su mítica capital, Ptolomeo IX *Soter* II, cuyo gobierno no fue al parecer muy odiado en el Bajo Egipto —el Fayum vive por entonces una época floreciente, que se prolongará hasta mediados del siglo I a.C.—, pudo dedicarse a calmar el reino hasta su muerte, en el 80 a.C.

Pero entonces se planteó el problema sucesorio, clave para el resto de la dinastía. Sólo quedaba un heredero varón, un hijo de Ptolomeo X que se había convertido en protegido de Sila y que llegaba por tanto con las bendiciones de Roma. Mas éste cometió la torpeza, nada más llegado a Alejandría,

de asesinar a su prometida Berenice III, viuda de Ptolomeo X y por tanto madrastra suya, que era muy querida en la ciudad. La sublevación popular fue inmediata, y el efímero Ptolomeo XI Alejandro II fue linchado por la multitud solamente tres semanas después del inicio de su reinado.

La corte alejandrina no tuvo ya más remedio que acudir a un hijo bastardo de Ptolomeo IX para entregarle la diadema real: se trataba de Ptolomeo XII, quien tomaría el sobrenombre de *Neos Dionysos (= Nuevo Dioniso),* pero al que sus enemigos llamarán *Auietes (= el Flautista)* por sus aficiones musicales. Su situación, ya de principio, era dificilísima. Roma, cada vez más poderosa y dominadora, había llegado a las puertas de Egipto: suya era por herencia la Cirenaica, que pronto se convertiría en provincia (en 74 a.C.), y poco tardaría ya el debilitadísimo reino de Siria en sucumbir ante ella. Además, a su irritación por la muerte violenta de Ptolomeo XI se añadía cierto testamento según el cual este monarca nombraba heredero suyo al Estado romano. Ciertamente, el primer problema que tenía Auletes era el de ser reconocido.

En el propio Egipto debió de ser difícil conseguir el espaldarazo legitimador. Hasta el 76 a.C. no logró Ptolomeo XII recibir la consagración faraónica, ya tradicional desde Ptolomeo V, y la ceremonia se celebró con ciertas irregularidades: el sumo sacerdote, prácticamente nombrado para la ocasión, era un niño de 14 años, y el acto tuvo lugar en Alejandría y no en Menfis. Pero esto no era nada. Frente a las reticencias de Roma, Auletes se pasará casi todo su reinado intentando sobornar a distintos senadores, prometiéndoles sumas escandalosas —que no siempre hará efectivas, dicho sea de paso— para recibir el visto bueno de la República e incluso su protección armada. Ciertamente, pocos monarcas ha habido en la historia que merezcan más el apelativo de *rey-títere.*

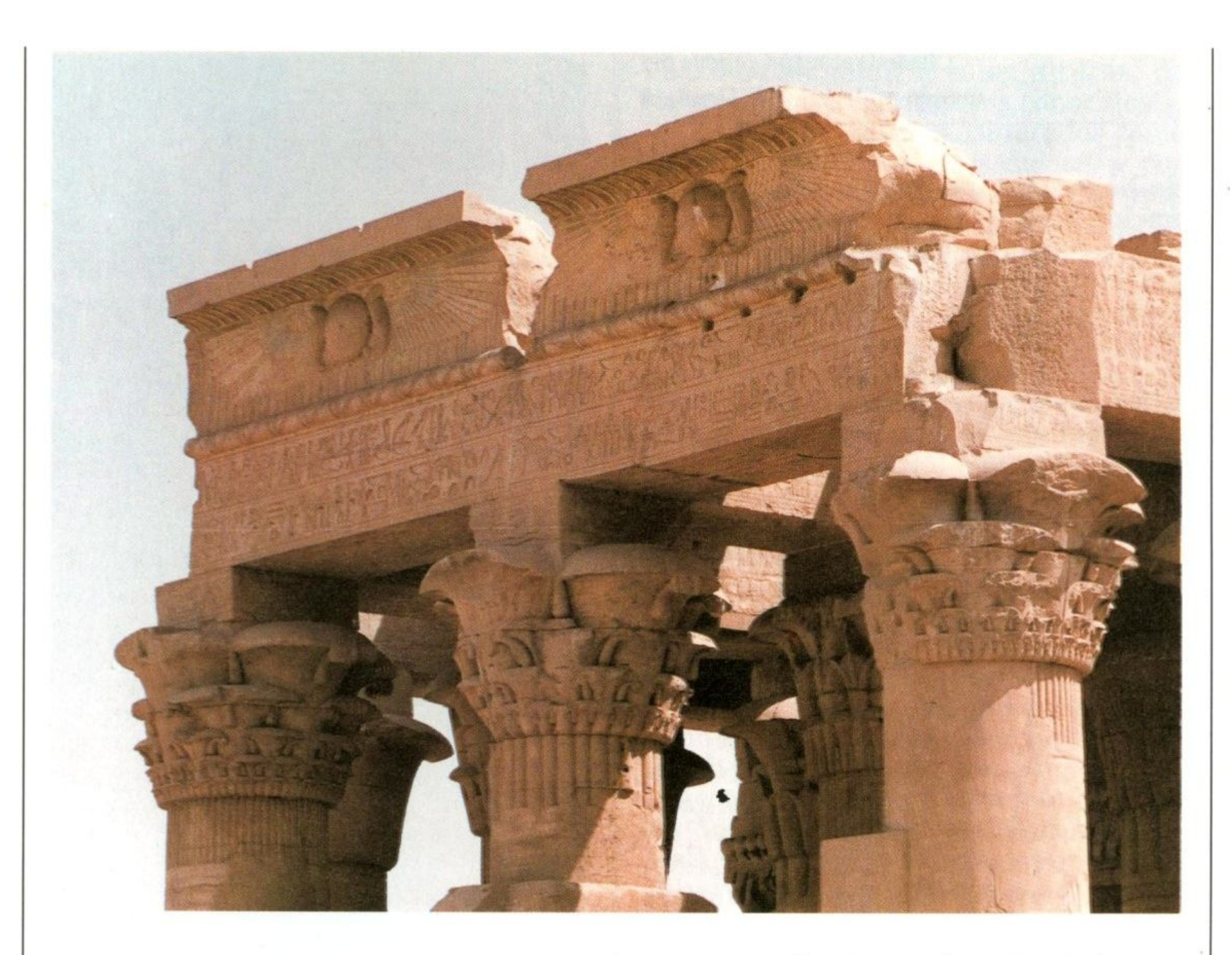
Sus andanzas, siempre relacionadas con este problema esencial del reconocimiento por parte de Roma, son bien conocidas: en el año 57 a.C., una sublevación estalla en Alejandría y lo expulsa, coronando en su puesto sucesivamente a sus dos hijas mayores, Cleopatra VI (que muere muy pronto) y Berenice IV. Pero en el año 55 a.C. logra recuperar el trono, gracias al ejército romano estacionado en Siria, manda ejecutar a Berenice y nombra dieceta del reino a un banquero romano, Rabirio. Las deudas acumuladas por el rey frente a sus protectores extranjeros imponen una presión tributaria brutal, y Egipto se conmociona: más que nunca: el bandolerismo, el abandono de tierras y el desorden cunden por doquier y las sublevaciones no se dejan esperar. El rey muere en el 51 a.C. en medio de un Egipto desgarrado, en el que, paradójicamente, sólo la Tebaida parece mantenerse en paz, gracias a la sabia gestión del estratego Calímaco.

De tan triste y humillante reinado quedan, sin embargo, numerosas obras de relumbrón: en Filae y Edfú, los pílonos ostentan en sus relieves la figura del monarca en la actitud ritual de matar a los enemigos de Egipto —¡triste ironía!—; en Dendera, Kom Ombo y Debod, también nos han llegado testimonios de su actividad, pero su política en este campo se limitó a multiplicar su efigie y títulos regios sin embarcarse en costosas construcciones.

Nadie debía ya de apostar en Roma por la subsistencia del reino lágida cuando se vio que, a la muerte de Auletes, sólo quedaban para sucederle sus jovencísimos hijos menores: Cleopatra VIII (que tenía 18 años), Ptolomeo XIII (de 10 años), el aún más pequeño Ptolomeo XIV, y Arsínoe IV. La corte se limitó a casar a los dos primeros y a coronarlos.

Una figura legendaria

Sin embargo, no es necesario recordar a nadie lo que fue, como personalidad casi mítica, la célebre Cleopatra. Su particular inteligencia, su sensibilidad ante los egipcios —fue al parecer la primera de su dinastía que supo hablar la lengua de sus súbditos—, su habilidad a la hora de conceder puestos de importancia a los nativos, pronto lograron calmar las sublevaciones populares. Además, y como es sabido, supo sobre todo ver más allá de las fronteras egipcias y, con una amplitud de miras verdaderamente innovadora, intentar la salvación de su reino de la única forma posible: involucrando a Roma en sus planes.



Capiteles del pronaos del templo ptolemaico de Kom Ombo; en la gola, relieve del disco solar alado

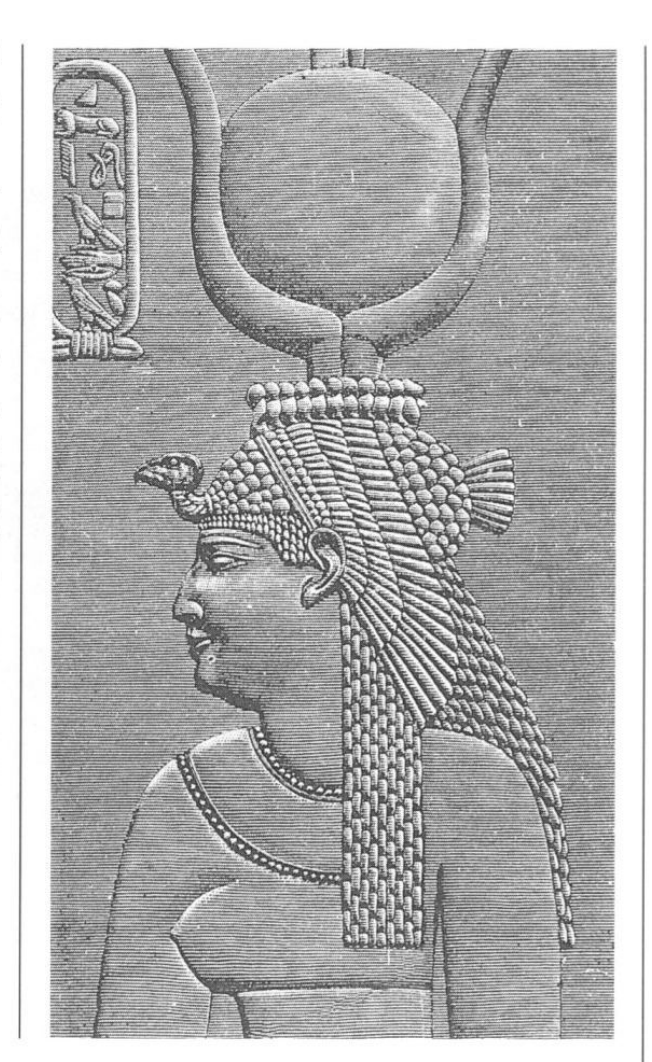
Al principio, es cierto, jugó una baza lastimosa y mezquina, al traicionar a su hermano, al pueblo de Alejandría, al ejército y a la corte colocándose del lado de César cuando éste, tras una prepotente entrada militar en la capital egipcia, quedó asediado en el palacio. César venció y Ptolomeo XIII cayó en el combate (47 a.C.), pero Cleopatra, en una situación insostenible, tuvo que irse a vivir en Roma un dorado exilio, casi como un comodín en la manga de César para cuando éste quisiese desestabilizar Egipto.

Pero cuando César fue asesinado (44 a.C.), Cleopatra adquirió todo su tamaño como figura política. Tras dar muerte a su nuevo esposo Ptolomeo XIV, tomó como compañero en el trono a su hijo Cesarión (43 a.C.) y, al amparo de las querellas que sacudían la República agonizante, concibió su audacísimo plan: conquistar a Marco Antonio (lo que se reveló muy fácil) y crear a su lado un Imperio romano-egipcio que ocupase todo el mundo helenístico, es decir, la mitad oriental del Mediterráneo. Ese Imperio, que heredaría Cesarión, se construiría sin vencedores ni vencidos.

De cara al propio Egipto, la actividad reorganizadora de Cleopatra fue revolucionaria: se planteó la supresión del monopolio real sobre la banca, el aceite, la sal y la plata, en un intento de apertura a la economía exterior; se reanudó la tradicional subasta pública (largo tiempo abandonada) en los dominios de la *basiliké ge,* para fomentar la competitividad, y hasta se afrontó un tema tan espinoso como la supresión de la inmunidad fiscal de los templos. Bien sabía Cleopatra que en problemas como éstos radicaban el retraso y la miseria de Egipto, y que se vivía una ocasión única: si su padre llegó a tener menos capacidad de acción que algunos santuarios de su reino, ella contaba ahora con una fuerza disuasoria decisiva ante cualquier protesta: las legiones de Marco Antonio estaban a su servicio.

Como es sabido, la batalla de Accio arruinó estos planes, empujando al suicidio a los amantes derrotados (30 a.C.); pero cabe decir que el gran Esta-

Cleopatra, según relieve del templo ptolemaico de Dendera



do helenístico concebido por la imaginación de Cleopatra tenía tal lógica, desde el punto de vista económico y cultural, que de alguna forma acabaría materializándose, aunque cuatro siglos después y con una capital lejana, en las orillas del Bósforo.

La audaz Cleopatra VII *Filopátor* supuso, no cabe duda, un digno broche a la historia del antiguo Egipto y hasta en la corte de Augusto, que tenía razones para odiarla, fue imposible dejar de sentir su grandeza. Recuérdense los versos de Horacio:

La fatal tigresa..., enviando / una muerte digna, no palidece como mujer / bajo la espada ni busca con ágil remo / la protección de lejanas riberas. / Con los ojos serenos, afronta de nuevo la visión / de su palacio destruido; se atreve a tomar en sus manos / serpientes de mortíferos colmillos, / para absorber en sus venas la ponzoña. / Esta muerte voluntaria aumentó su orgullo, / pues impedía a nuestros marineros / arrastrar hacia las pompas triunfales, / como un juguete, tanta majestad.

Pureza y mestizaje

En el complejo de griegos y egipcios que fue, a lo largo de toda su historia, el reino de los Lágidas, el aspecto cultural se ha visto a menudo deformado por un tácito acuerdo entre los estudiosos. Para los helenistas, Alejandría ha significado un verdadero faro del saber, tan brillante y luminoso como el que dominaba su puerto. El Museo, centro de actividad de los científicos más variados, tanto médicos como matemáticos, geógrafos o astrónomos, constituye un hito insuperable en la historia de la investigación mundial. Los poetas que vivieron al amparo de la corte ptolemaica —Calímaco, Teócrito, Apolonio, Licofrón y tantos otros— renovaron las glorias del verso griego, al menos durante los reinados de los primeros Ptolomeos. Y las artes, aunque no tan brillantes como hubiera cabido esperar, florecieron al menos en el campo de la artesanía de lujo, y llenaron de refinadas gemas o de perfectas vajillas de metal las mesas aristocráticas de todo el Mediterráneo y los trajes de púrpura de los magnates.

Frente a esta visión rica y enaltecedora de la civilización alejandrina, los egiptógos han tendido a dar una valoración despectiva de la cultura egipcia contemporánea. Acostumbrados a las glorias de Giza o de Luxor, a las tumbas faraónicas o las inmensas salas de Karnak, todo lo posterior a Ramsés III les resulta indigno, incapaz de mantener comparación alguna. Ni siquiera los mayores templos ptolemaicos merecen a menudo, en sus tratados, más que unos desganados párrafos, y hasta hay investigadores que prefieren, sencillamente, dar por acabado el mundo

egipcio antiguo con la invasión de Alejandro.

Finalmente, y también por común acuerdo, tanto helenistas como egiptólogos dejan entrever su escasísimo interés por la cultura mixta greco-egipcia que comienza a apuntar ya a fines del siglo IV a.C. y que, tras una larga y compleja elaboración a lo largo del Helenismo, llegará a convertirse en la verdadera cultura egipcia del período romano. Para los helenistas, toda mezcla con Oriente es un atentado a la pureza cultural de Grecia; para los egiptólogos, cualquier nota helenizante desacredita una estatua o un texto, y, para ambos, es tan imposible conjuntar las mentalidades griega y egipcia que no cabe síntesis posible, sino tan sólo una hibridación degenerada.

No vamos aquí, desde luego, a reivindicar unilateralmente el arte egipcio ptolemaico, ni la plástica grecoegipcia, ni las literaturas de estos ambientes, pero una simple observación impone prudencia: pese a quien pese, el viajero que recorre el Nilo se deja aún hoy subyugar por los templos de Edfú y Kom Ombo, o por el sugestivo juego de edificios, patios y columnatas que animan el felizmente recuperado santuario de Isis en Filae. En cuanto a la cultura híbrida, donde se mezclan además notas hebraicas y aun persas, ¿cómo olvidar que fue la que dio a conocer el Egipto misterioso a la Europa de pasados siglos, y que contribuyó como ninguna otra a la creación de ciencias ocultas como la astrología o la alquimia?

Por todo ello, en las páginas que siguen vamos a pasar por alto, sin que ello suponga ningún juicio de valor, la refinada cultura alejandrina, y preferimos adentrarnos aquí en lo más *egipcio* del Egipto ptolemaico.

Comenzaremos por las manifestaciones más puras de la herencia faraónica, una y otra vez recreada y reelaborada a través de milenios, y nos fijaremos, ante todo, en su exponente más visible: las grandes moles arquitectónicas de sus templos.

Lo primero que asombra, para un período considerado decadente, es el gran número de obras realizadas. Si todavía hoy son un buen puñado, hay que sumarles las que aún vieron y dibujaron los sabios napoleónicos, y además las aparecidas bajo la piqueta del arqueólogo en los dos últimos siglos. Podríamos hablar, a estas alturas, de unos cincuenta santuarios conocidos.

Los templos eran considerados como dones del monarca a los dioses, y por tanto su construcción era casi siempre financiada por el poder regio. Pero ello no debe engañarnos acerca de la posibilidad decisoria del monarca a la hora de determinar planos, alzados o decoración. Temeroso de enfrentarse al ritualismo sacerdotal en un campo que él ignoraba y que podía herir susceptibilidades, el rey abandonaba la realización a arquitectos y artesanos egipcios, y nadie discutía las directrices del clero indígena; éste —pese a su interesado colaboracionismo político con el gobierno de Alejandría— seguía siendo el símbolo de la identidad nacional, el mantenedor de la lengua egipcia en su pureza, e incluso, para quienes trabajaban sus tierras exentas de impuestos, un eficaz protector. Los templos eran vistos por tanto como verdaderos estandartes de la tradición idealizada, y el rey, para evitar fricciones, se veía forzado a financiarlos y fomentar su actividad, pues tenía que mostrar que asumía como propio ese pasado faraónico sin ponerle ninguna traba.

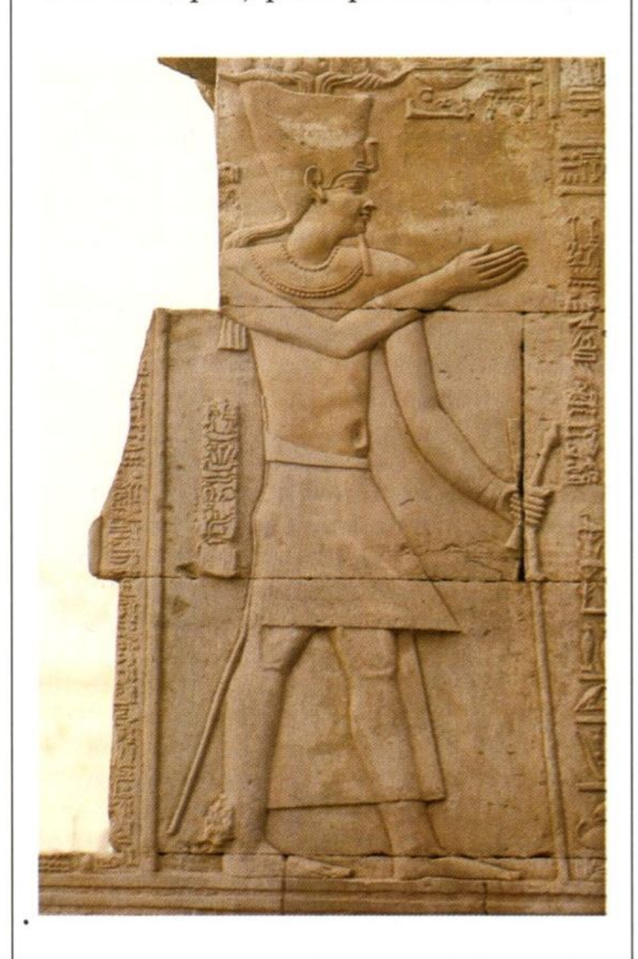
Merced a este juego de equívocos, los sacerdotes asentaron su prepotencia y consiguieron algo inverosímil: si es ley común que una cultura sometida deseosa de mantener sus señas de identidad haga lo posible por reproducirlas sin variación, temiendo tras cualquier cambio una injerencia de los dominadores, la arquitectura egipcia pudo, con toda confianza, continuar sus líneas evolutivas tradicionales, de forma que un templo ptolemaico tiene —es algo que nota cualquier visitante en pocos días— unos caracteres propios que lo diferencian de los templos anteriores, y que para nada evocan la arquitectura griega helenística.

Los templos ptolemaicos —como tantos edificios de gran envergadura y laboriosa realización— suelen ser fruto de distintas etapas y del interés de monarcas sucesivos. A medida que avanzan las obras, se pasa de una simple capilla a un conglomerado de habitaciones, y se añaden después por el frente distintas salas, patios y puertas de creciente grandiosidad. Pero lo curioso es que estas construcciones sucesivas se van haciendo según un orden tácito uniformemente aceptado. Tan sólo peculiaridades rituales de tal

o cual divinidad pueden aportar variaciones profundas a una planta, como en el caso del templo de Kom Ombo, que, por servir a dos dioses —Sobek y Haroeris—, está concebido como la yuxtaposición de dos templos idénticos.

Esta homogeneidad en la planta permite describir el templo ptolemaico convencional en su grado más complejo. Así lo vamos a hacer, tomando como base el santuario de Horus en Edfú, el que mayores esfuerzos concentró a lo largo de toda la dinastía; tan sólo habrá que añadirle los escasos detalles que con el tiempo ha perdido.

Quien se dirige a un santuario ptolemaico, suele comenzar cruzando uno o varios muros, que delimitan el *témenos* o recinto sagrado. Estos muros, que eran de adobe, han desaparecido hoy casi siempre, pero permanecen sus

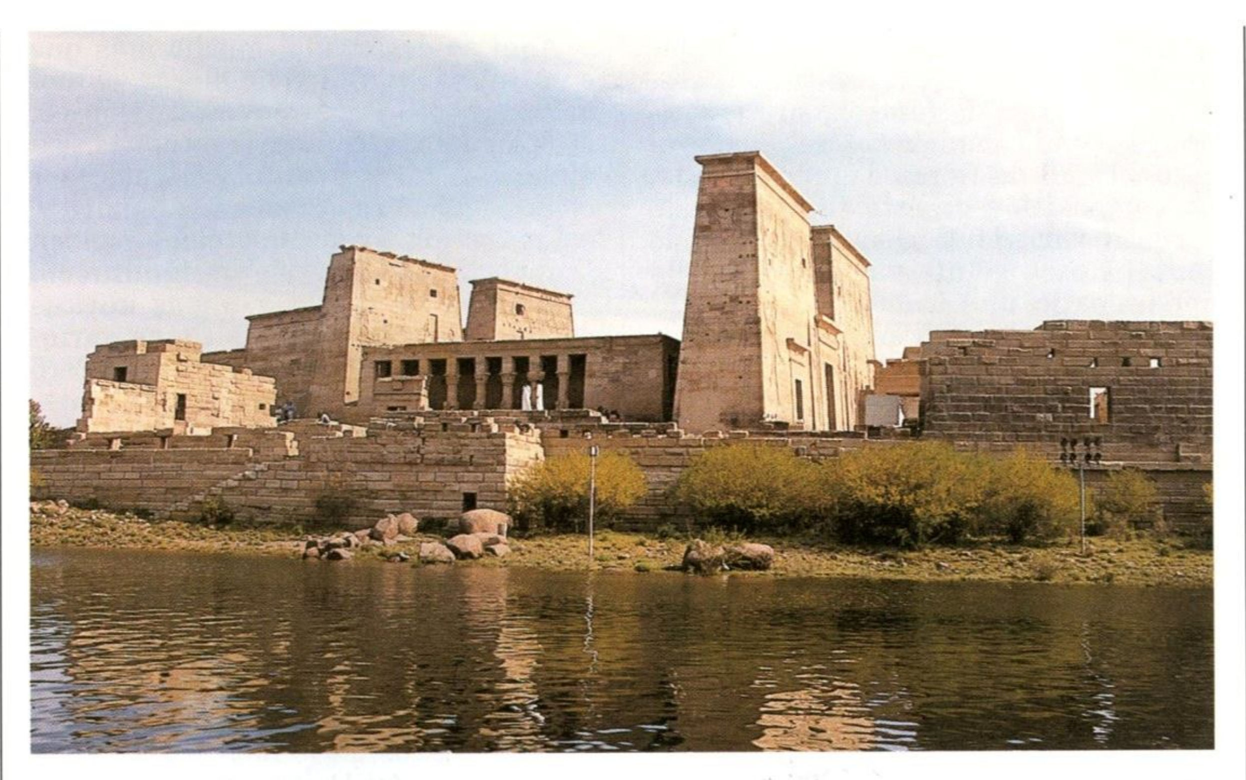


puertas monumentales de piedra, a las que algunos dan el nombre de *pílonos.* Sobre ellas se esculpe un símbolo protector, en particular el disco solar alado de Horus Behdeti al que una inscripción jeroglífica de Debod describe como *el gran dios, señor del cielo con plumas multicolores, el que sube desde el horizonte, el primero que da vida eternamente* (trad. de M. Almagro).

Ya en el interior del *témenos,* es normal que encontremos a un lado, junto a la entrada del templo propiamente dicho, un edificio de pequeñas dimensiones: se trata de la *casa del nacimiento* o *mammisi,* templete dedicado al nacimiento del hijo de la divinidad principal a la que el templo está dedicado. El *mammisi* es una construcción que aparece tardíamente (el más antiguo que conocemos data de principios del siglo IV a.C.), pero que tomó gran importancia en época ptolemaica: llegó entonces a esbozarse una evolución en su planta, hasta que, en la época de Ptolomeo VI, se impuso definitivamente la de templete con columnas alrededor y pilares en las esquinas.

Enfrentándonos ya con el templo, lo primero que vemos en él es el consabido *pílono* que sirve de fachada a todo templo egipcio; por la puerta que se abre en su centro accedemos al patio. En este espacio descubrimos algunas de las características más peculiares de la arquitectura ptolemaica. Se trata, en primer lugar, del suelo, cubierto de losas rectangulares y sensiblemente iguales, no de tierra como ocurría en los templos faraónicos. A ambos lados se extienden columnatas, y al fondo, ante nosotros, se halla un elemento esencial: el *muro de cortina* que separa el patio del *pronaos:* sobre un escalón o resalte del pavimento se eleva, enmarcada entre dos *antas* cuadrangulares, la fachada; ésta se compone de columnas, unidas hasta la mitad de su altura por una pared que impide al simple fiel enterarse de lo que ocurre en el interior. Aun sin ser una invención ptolemaica, este *muro de cortina* se convierte en la época que tratamos en un elemento prácticamente indispensable: se prodiga tanto, que lo hallamos en *mammisi,* quioscos y otras estructuras arquitectónicas. En el patio del templo, el *muro de cortina* aparece cortado en su centro por una gran puerta *de dintel partido;* por ella se accede al *pronaos* y, en consecuencia, a la parte cubierta del santuario.

En el plano del templo ptolemaico, es de notar el gran papel que desempeña la sucesión de recintos incluidos unos en otros: recordemos las vallas del *témenos,* y tras ellas el alto muro de sillares presidido por el *pílono.* Contemplemos ahora cómo, a su vez, el sector cubierto tiene su propio muro, separado por un pasillo del anterior.



Izquierda, faraón lágida con la corona del Bajo Egipto (relieve del templo ptolemaico de Kom Ombo). Arriba, templo de Filae, visto desde el Nilo. Obsérvense sus dos grandes pílonos

Cuando entremos dentro, veremos que el sistema se repite una o varias veces; es como si unos cofres estuviesen encerrados dentro de otros para guardar, en el interior del más oculto, la gran joya de la capilla o sagrario de la divinidad. Hay quien piensa que este esquema, muy repetido bajo los Ptolomeos, puede ser fruto de la importancia desusada que por entonces tomaron las procesiones.

El templo ptolemaico

Mas volvamos al *pronaos:* atravesamos su penumbra poblada de enormes fustes y soberbios capiteles y, normalmente, pasamos a otra sala con columnas, más estrecha y oscura: es la *sala hipóstila,* que suele tener habitaciones laterales y que da paso al núcleo aún más tenebroso y sombrío que ocupa el centro del templo. Este consta de una o varias antesalas, flanqueadas por habitaciones, y, al fondo, el sagrario, lugar donde se guardaban la estatua del dios y las barcas rituales. Alrededor de este edículo suelen adivinarse más capillas y, en algunas, el acceso a otros elementos típicos de la arquitectura ptolemaica: las criptas o pasadizos secretos, cerrados y disimulados con losas, y dos escaleras que parten de las cámaras situadas inmediatamente detrás de la sala hipóstila y que, una recta y otra de caja cuadrada, llevan a la terraza superior. Allí arriba, a plena luz, se encuentran a veces —por ejemplo, en Dendera y Edfú— templetes rituales.

Esta planta, que casi podría sugerir la paradoja de un laberinto racional, sirve de base para unos elementos constructivos igualmente peculiares. En concreto, es típicamente ptolemaico, en las proporciones de las columnas —nunca inmensas, como si se buscase un cierto sentido de la mesura humana— el retorno al canon relativamente alargado de la V dinastía. Si añadimos la neta separación de las columnas (que recuerda el gusto de la XVIII dinastía), comprendemos la sensación de ligereza que se aprecia en las salas, particularmente sensible si la comparamos con las obras de los Ramsés.

También llama la atención la propia forma de las columnas: mientras que ciertos tipos tradicionales, como el lotiforme cerrado o el papiriforme, llegan casi a desaparecer, otros se mantienen —por ejemplo, la columna hathórica, magistralmente utilizada en Dendera—, alguno olvidado desde tiempo atrás se recupera —es el caso de la antiquísima columna palmiforme—, y un tipo nuevo, creado poco antes de la lle-

gada de Alejandro, se impone a todos los demás: se trata del *orden compuesto,* con su basa de tambor, su fuste cilíndrico y su complejo capitel, que evoca un ramo de flores esquematizado. La composición de este capitel puede ser muy variada: G. Jéquier ha podido contar hasta veinte variantes, con lo que un patio, un *pronaos* o una sala hipóstila se convierten en amenos espectáculos de estilización floral para quienes se entretienen en contemplar sus formas.

Así, debe advertirse en primer lugar que la impresión que recibe el viajero —los templos que visita están todos de Dendera hacia el sur, y corresponden casi siempre a los siglos II y I a.C.— está completamente deformada por el azar de las destrucciones a lo largo de los siglos. En realidad, el interés de los Lágidas por los santuarios egipcios es general y homogéneo tanto en el tiempo como en el espacio. Lo que sí puede apreciarse son curiosas correlaciones: obsérvese, por ejemplo, que los primeros monarcas concentran su actividad en unas regiones muy concretas: el Delta —base de su poderío económico y zona de Alejandría y Menfis, las dos capitales del reino—, el Fayum —centro de colonización y reparto de tierras desde su saneamiento a principios del siglo lil a.C.—, Tebas —la respetada capital religiosa del Alto Egipto— y la frontera con el reino de Meroe, al que conviene impresionar, situada entonces en torno a Filae.

En cambio, el período decadente de la dinastía ve el abandono de la actividad constructiva en el Delta —probablemente muy helenizado, y más dócil al gobierno de Alejandría— y, en cambio, una actividad febril en el levantisco Alto Egipto, una cierta relajación del ritmo de trabajo en Tebas y la zona de Filae —acaso porque estaban ya completas todas sus necesidades—, y un manifiesto deseo de marcar con monumentos el dominio egipcio sobre el Dodecasaueno.

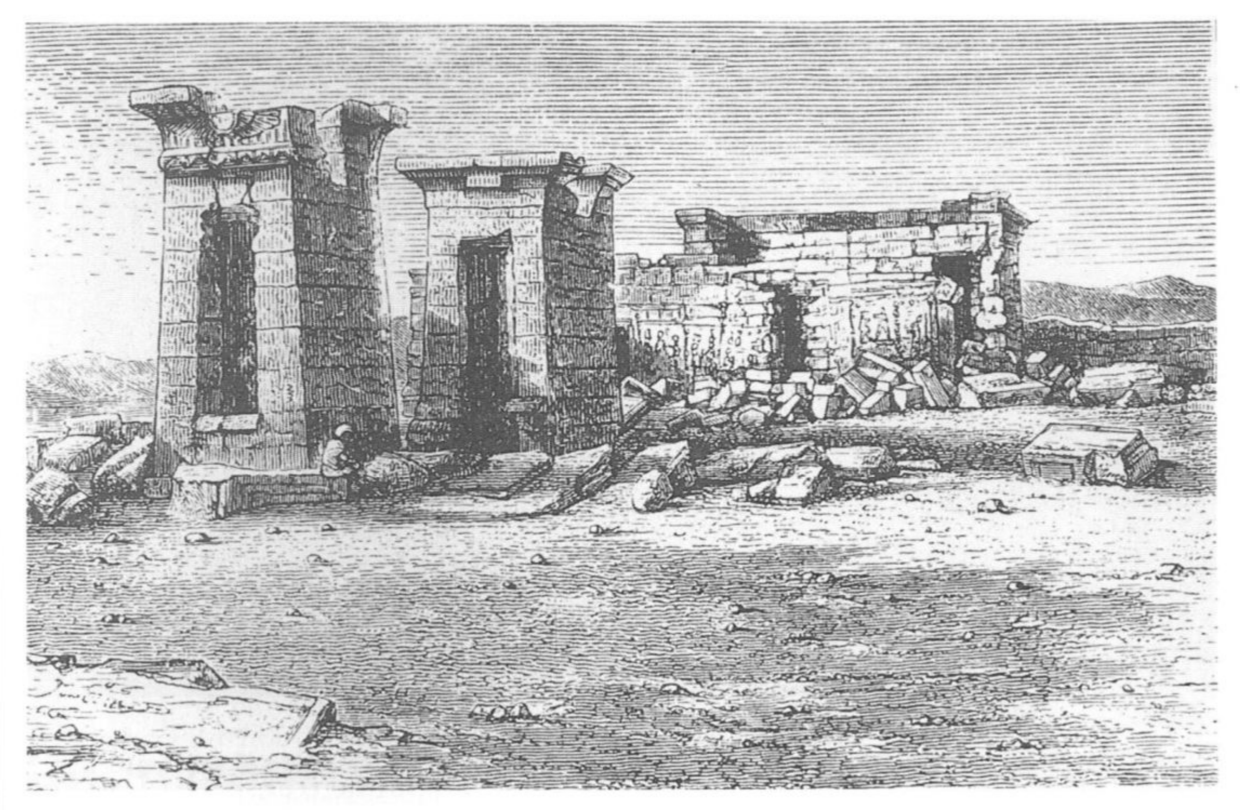
Más los templos ptolemaicos no significan sólo una gran riqueza arquitectónica. Siguiendo la tradición inaugurada en la época de Ramsés II, un verdadero horror al vacío domina las mentes de sus decoradores, y los pílonos, las paredes, las columnas, las pilastras y hasta los techos se cubren de tupidos relieves y profusas inscripciones.

Aquí se desarrolla, mucho más que en estelas u otro tipo de placas, el amplio capítulo del relieve ptolemaico. Muchos temas, consagrados por la tradición, se mantienen: es el caso, por ejemplo, del faraón matando enemigos, sobre los pílonos. Otros temas reciben tratamientos novedosos: zodíacos, asambleas de dioses y temas míticos complejos retratan las últimas variaciones de la religiosidad egipcia. Pero lo común es dejarse llevar por la tentación de las escenas repetitivas: múltiples veces en cada templo hallamos el sencillo esquema del faraón ofreciendo sacrificios a distintos dioses; son viñetas prácticamente iguales, donde apenas cambian las coronas o los símbolos que portan las figuras.

Estos relieves en serie asombran, pese a todo, por la buena calidad media que mantienen hasta el final. Mucho más refinados, pero muy fragmentarios, son los del Delta, dignos descendientes del pulido trabajo del Período Saíta; más fuertes, y mejor conocidos, son todos los del Alto Egipto, y en ellos es donde se observan mejor las características de la época: formas redondas, que dan a veces a las figuras, según el afortunado símil de M. A. Murray, un cierto aspecto de muñecos rellenos del algodón. Los pies están bien representados (uno con todos sus dedos, el otro con uno sólo), pero no así las manos, en las que no se tiene en cuenta la oposición izquierda-derecha, y en las que todos los dedos son igual de anchos.

Actividad literaria

Si las blandas figuras de los relieves muestran muy poco marcadas las caderas y parecen carecer de estructura ósea, algo de estos caracteres, igual que la sonrisa estereotipada, puede apreciarse en la escultura de bulto redondo. En este campo, lo más sobresaliente, aparte de ciertos retratos de sacerdotes a los que aludiremos más tarde, son algunas estatuas de faraones: tremendamente esbeltas, dotadas de facciones puramente convencionales, centran toda su expresividad en las fluidas formas de matizada ondulación y en un brillo de porcelana; representan casi siempre a los primeros Ptolomeos y, como en el caso de los relieves con caracteres semejantes, proceden del Bajo Egipto.



El templo ptolemaico de Debod, en Nubia, tal como fue dibujado a finales del siglo XIX por la viajera inglesa Alicia Edwards. Hoy, reconstruido, puede visitarse en Madrid

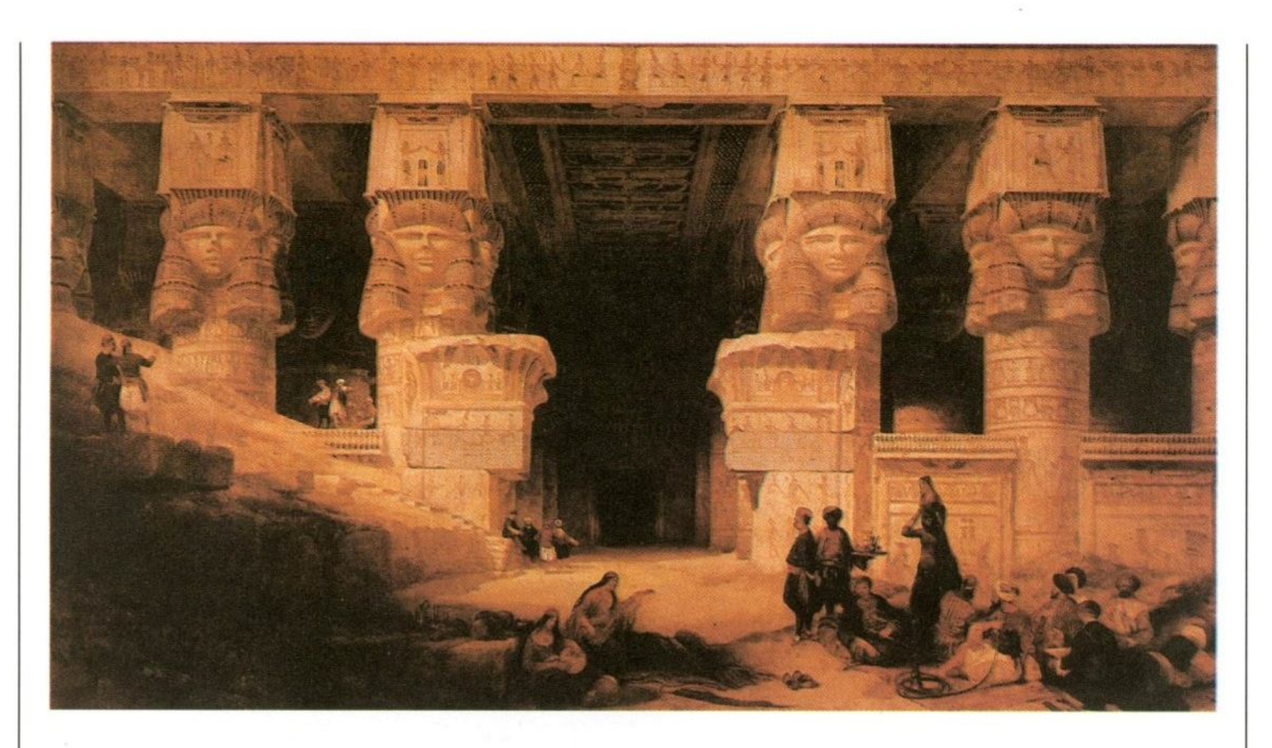
Esta amplia actividad artística tiene su directo paralelo en el campo de la literatura. De nuevo nos movemos en el mundo de los templos: los únicos autores de nombre conocido que florecen en el período son Petosiris y Ankhsheshonq, dos poderosos clérigos. El primero, como ya sabemos, fue sacerdote de Thoth bajo Ptolomeo I, y nos dejó inscritos en su tumba de Tuna el-Gebel unos principios morales cuyo tono coincide asombrosamente con ciertos pasajes bíblicos; es incluso interesante notar su clara tendencia al monoteísmo, idea que, dicho sea de paso, rondó a menudo por las mentes de los egipcios, y no sólo de Akhenaton: ya Amenofis II había hablado de Amón-Ra como *Dios único y solitario.* Petosiris alcanzó, al parecer, tal fama de sabiduría que con el tiempo se le atribuyeron libros en los que nada tuvo que ver.

Las *Instrucciones* de Ankhsheshonq, conservadas en un papiro de fines de época ptolemaica, fueron redactadas en un momento más difícil de determinar, y que algunos remontan al siglo V a.C. Sólo sabemos que su autor —según él mismo nos cuenta, y si no se trata de una ficción poética— fue sacerdote de Ra en Heliópolis, y que, condenado por no haber revelado al rey una conjura, escribió su libro en prisión. He aquí algunas de sus máximas: *No envíes a un sabio para un problema pequeño cuando está pendiente un problema grave* (6, 13)... *No digas:* «soy instruido», *haz lo posible para hacerte sabio* (8, 3)... *El examen profundo te dará buena suerte* (8, 5).

Aparte de estos dos autores, conocemos algún otro texto de literatura sapiencial, como el *Papiro Insinger,* copia de una obra que debió componerse a fines del período ptolemaico; sus máximas se dividen en varios capítulos, y todos ellos concluyen con un estribillo que se repite: *El bien y el mal que acontecen, es el dios quien los envía.*

En otros campos de la literatura culta, hemos de afrontar el espinoso apartado de las inscripciones que cubren. con sus himnos o con sus relatos míticos, los sillares de los templos ptolemaicos. En efecto, se trata de una literatura religiosa de larguísima tradición, y lo único que puede decirse a menudo es que fue fijada en los muros en el estadio en que entonces se encontraba.

Así, aunque algunas piezas, como el mito de la conquista de Kom Ombo por los dioses, parecen poderse considerar redactados en época lágida, es mucho más dudoso el caso, por ejemplo, del



Arriba, entrada a la sala hipóstila del templo ptolemaico de Hator en Dendera, según dibujo polícromo del siglo XIX. Obsérvense los grandes capiteles hatóricos. Derecha, capitel hatórico del mismo templo en la actualidad

gran drama mítico y ritual que cubre la pared interna del muro exterior de Edfú. En él, Horus, montado en su barca y apoyado por Isis, Thoth y un coro de recitadores, alancea al hipopótamo Seth. Sería interesante fijar la fecha de este texto teatral porque resulta sugestiva su comparación con la tragedia griega. Y lo mismo podemos decir de otra pieza dialogada, esta vez conocida por un papiro (Pap. Berlín 3008), donde Isis y Nephthys alternan sus lamentaciones, y se nos indica cómo deben ir ataviadas las mujeres que las encarnan.

Mucho menos vistosa, sin duda, pero evidentemente más segura en su cronología, es toda la literatura que se desarrolla en las estelas fúnebres de los sacerdotes o en los decretos de los sínodos. Se trata en ocasiones de pequeñas autobiografías llenas de dignidad; en otras, de verdaderos textos históricos (por ejemplo, el *Decreto de Pithom,* que relata la victoria de Rafia); en otras, de consejos para los que se quedan en este mundo por parte de los que lo abandonan; en otras, en fin, de oraciones a los dioses. Entre todas ellas, cabría resaltar el resumen que hace de su vida Pshereni-Ptah, el sacerdote que coronó a Ptolomeo XII, los epicúreos consejos de su esposa, Ta-imhotepe, y la agradecida plegaria que dirige a Harsaphes su devoto Somtutefnakht, un verdadero virtuoso de la supervivencia política:

Tú me abriste el acceso al palacio: el corazón del buen dios (= Nectanebo II) *gozó con mi palabra. Me distinguiste entre millones, cuando volviste la espalda a Egipto. Pusiste amor hacia mí en el corazón del rey de Asia; sus cortesanos rogaban por mí. Me dio el puesto de sumo sacerdote de Sekhmet... Me protegiste en el combate de los griegos, cuando rechazaste a los de Asia. Mataron en torno a mi a un millón, y nadie évantó su brazo contra mí...* (Estela del Museo de Nápoles n.° 1035).

Pueden hallarse detalles autobiográficos incluso entre las devotas y estereotipadas inscripciones de los sarcófagos; es el caso de Wennofer, donde el difunto proclama sus virtudes, algunas un poco peculiares: *Fui un amante de la bebida, un señor de la fiesta; me entusiasmaba vagabundear por los marjales. Pasé mi vida en tierra favorecido por el rey y querido por sus cortesanos* (Museo de El Cairo, n.º 29310).

Entre las estelas, están también los llamados *pseudoepígrafes,* textos que se grababan para atribuirles una gran antigüedad y obtener así beneficios en nombre de la tradición. Uno de ellos, la *Estela de Bentresh,* procedente de Karnak, podría ser de época persa, pero es sin duda ptolemaica la *Estela*

de la Penuria, de la isla de Sehel: en ella se relata cómo, en época del faraón Zoser, hubo mucha miseria en Egipto porque en siete años faltó la crecida del Nilo. El sabio Imhotep descubrió que Khnum era el dios que regía el curso del río en Elefantina, y a quien por tanto había que propiciar; y Zoser, en consecuencia, redactó un decreto regalándole a Khnum —es decir, a su templo— un amplio territorio de la zona de Asuán.

Junto a todas estas obras que podríamos considerar serias por sus objetivos religiosos, históricos o jurídicos, cabe señalar también la existencia de una literatura recreativa o de evasión representada por los cuentos. Por desgracia, se trata de nuevo de textos anónimos, conservados en papiros de época helenística y romana, y por tanto difíciles de fechar; pero parece que todo un ciclo, el de las *Historias de Setni-Kaemuas,* puede ser atribuido, en la cuidada redacción llegada hasta nosotros, a algún buen escritor de época ptolemaica.

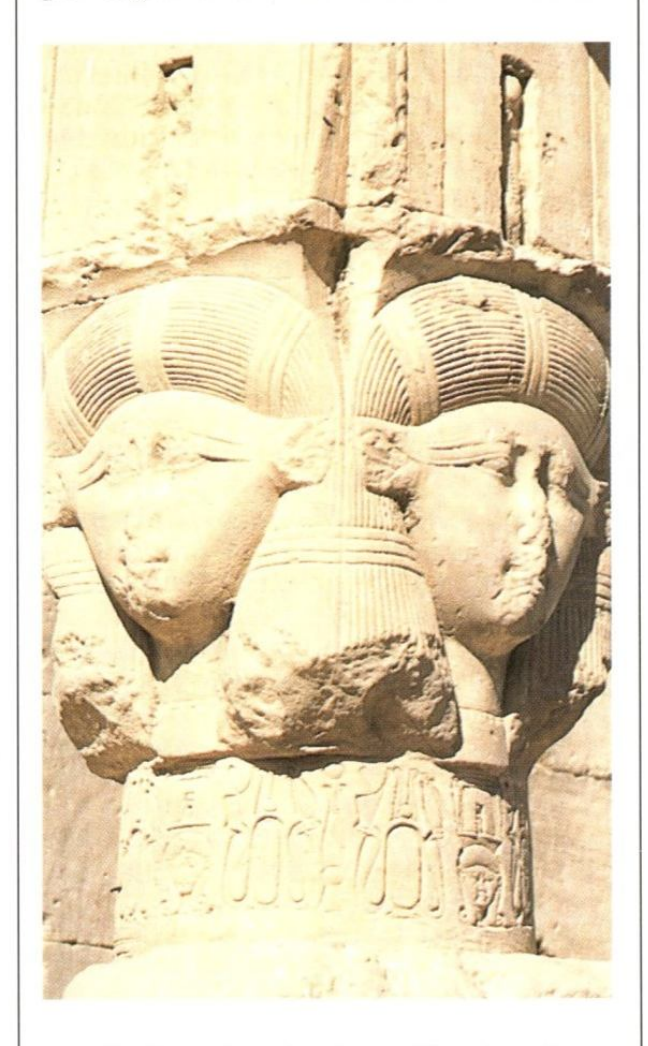
Setni-Kaemuas es una figura literaria, pero basada en un personaje real: un hijo de Ramsés II, que se aficionó tanto a la lectura y estudio de epígrafes funerarios que la gente acabó por considerarlo un mago capaz de entrar en contacto con los muertos. En los tres cuentos que forman su ciclo se suceden las fantasías más inverosímiles, desde la partida de damas que enfrenta al protagonista con una momia hasta un verdadero combate de hechiceros, pasando por una visita a los infiernos de Osiris.

Aunque es innegable el carácter culto de estas leyendas, su raigambre popular nos va acercando a un ambiente social más plebeyo: el que ve desarrollarse la cultura híbrida greco-egipcia. Este peculiar fenómeno, en efecto, tiene un sentido muy claro: sin duda lo podemos seguir en dos planos absolutamente opuestos, el regio y oficial y el popular, pero es evidente la superioridad del segundo tanto en el número como en la calidad de las realizaciones.

Mezcla cultural

La cultura híbrida oficial se limita, y ello es innegable, a unas parcelas muy concretas y acotadas: la hallamos en ciertos aspectos religiosos —recuérdese la creación de Serapis por Ptolomeo I— y, sobre todo, en la iconografía pública del rey. Desde Ptolomeo III se intenta la mezcla de príncipe macedónico y de faraón egipcio utilizando los recursos más variados, desde el retrato a la griega con símbolos y tocado egipcios hasta la interpretación de rasgos egipcios —ojos lineales, por ejemplo— a través de una sensibilidad helenizante.

Desde un punto de vista estético, todos estos intentos se saldan, creemos que sin excepción, con un absoluto desastre: ninguno de los artistas encargados de tal labor tuvo la altura suficiente para superar la dicotomía de sus elementos. Y lo mismo cabe decir de alguna obra excepcional planteada por algún aristócrata con el mismo de-



seo fusionador *desde arriba:* las decoraciones híbridas de la tumba de Petosiris encarnan el fracaso de las buenas intenciones unificadoras de este sabio; sus pensamientos, aun profundamente egipcios, nos resultan mucho más universales.

La fusión, por tanto, debía surgir

desde el pueblo. Allí, entre la gente que ignoraba los niveles más profundos tanto de la mitología egipcia como de la filosofía griega, era donde las diferencias entre ambas culturas resultaban más fáciles de salvar. Por ello, la cultura greco-egipcia parte de niveles ingenuos, aunque escale poco a poco los ámbitos superiores de una mentalidad más refinada.

En un ámbito no muy lejano de las *Historias de Setni-Kaemuas,* aunque con un desarrollo más tosco, hallamos los cuentos del *Ciclo del rey Petubastis,* también en lengua egipcia. Dicho rey, reelaboración literaria del fundador de la XXIII dinastía, y con él otros príncipes de su época, protagonizan luchas contra enemigos tradicionales de Egipto, pero también contra seres míticos de la tradición griega, como las amazonas o los grifos, y lo hacen en un tono épico que a veces recuerda a Homero.

Totalmente egipcio por su tema, pero helénico por la lengua en que nos ha llegado —acaso por efecto de una traducción—, es otro cuento, que pone en escena, esta vez, al rey Nectanebo. El relato, que conocemos como *Sueño de Nectanebo,* nos cuenta que su protagonista, dormido en el templo de Menfis, vio a los dioses reunidos. Uno de ellos se queja a Isis de que el monarca *ha despreciado mi santuario y se ha enfrentado a mis mandatos, y los ritos de mi santuario se llevan a cabo con desgana por la maldad del sumo sacerdote.* Al despertarse, el rey ordena restaurar el templo, y encarga la ejecución de los jeroglíficos a un escriba que resulta ser un borracho. Por desgracia, el texto conservado se rompe en este punto.

Mayor interés histórico parecen tener otros relatos, en los que el trasfondo político refleja las tensiones de la época y las encontradas posturas entre partidarios de los Ptolomeos y egipcios independentistas.

A favor de los griegos tenemos, por ejemplo, una *Vida de Alejandro,* obra popular helenística cuya última redacción data ya de época romana y cuya tesis recoge Quinto Curcio. Aunque escrita en griego, no cabe duda de la mentalidad mágica de tipo egipcio que la impregna: según nos relata, Nectanebo II fue un poderoso astrólogo y mago que, derrotado por los persas, huyó a Macedonia. Allí se ganó la confianza de la reina Olimpíada, esposa de Filipo II, y consiguió, tomando la figura de Amón y de otros dioses, acostarse con ella. Así nacería Alejandro, hijo y por tanto heredero legal de Nectanebo, y se cumpliría la promesa que el dios Hefesto (Ptah) hiciera a los egipcios: *El valiente y fuerte viejo rey, nuestro señor, volverá a su debido tiempo como un joven, y le entregará el mundo a Egipto.*

En contra de la presencia griega tenemos, en cambio, dos relatos, ambos pertenecientes al género profético. *La Crónica demótica* pretende ser una predicción de la historia de Egipto desde el reinado del faraón Tachos (362/361, a.C.): en lenguaje simbólico, acompañado de interpretaciones aún más oscuras, vemos cómo alternan bienes y males como premio y castigo a la actitud que el rey tome ante la sacrosanta ley religiosa tradicional. Tras el dominio de los griegos, se acaba vaticinando la independencia: *Será un hombre de Chnes* (= Heracleópolis) *quien reinará como señor tras los extranjeros* (= los persas) *y los jonios* (= los griegos).

El *Oráculo del Cacharrero* es un texto en griego, sea que se tradujese del egipcio demótico, sea que ya se compusiese en esa lengua, muy difundida por el Delta desde el siglo II a.C. El protagonista pronuncia sus vaticinios ante un rey llamado Amenofis, y en él se predicen épocas de miseria y opresión, la llegada de unos *portadores de cinturones,* que deben ser los persas, el surgimiento de un rey salvador que los derrota y devuelve los objetos sagrados a Egipto y, finalmente, el aniquilamiento de una ciudad costera que no puede ser otra que Alejandría.

Con estas obras no se agota la curiosa —aunque muy fragmentada— literatura greco-egipcia helenística; cabría, por ejemplo, añadir unas *Sentencias de Amenotes* en griego, halladas en Deir el Bahari, que no son sino sentencias de los Siete Sabios puestas en boca de un egipcio, o, sobre todo, ciertos textos astrológicos fechables en el siglo II a. C. y falsamente atribuidos a Petosiris o a Nechepso. En cuanto a la alquimia, pseudociencia de origen egipcio si las hay, no está de más recordar que su primer teorizador no legendario, Bolos de Mendes, hubo de vivir a mediados del período ptolemaico, aunque sus ideas nos hayan llegado sólo de segunda mano, o

bien en obras de muy dudosa autoría, como las *Físicas y Místicas* que algunos investigadores le atribuyen.

La alusión a este autor, y a sus manipulaciones y teorías para modificar el oro o falsificarlo, nos lleva de la mano al campo de las técnicas y de las artes, y precisamente al ámbito donde la fusión greco-egipcia dio sus primeros y mejores frutos: el de la artesanía y los bienes de lujo.

Ya desde la época de Ptolomeo I se aprecia en la loza más perfecta, la llamada *helenomenfita,* el uso conjunto de motivos egipcios, griegos y hasta persas; después, sobre todo desde mediados del siglo III a.C., la habilidad técnica de los egipcios deja su huella en los principales productos de exportación que dan fama a Alejandría: la propia loza —material prácticamente desconocido en Grecia— cubre las formas helénicas con unas texturas exóticas; el vidrio multiplica sus posibilidades, y, sobre todo, empieza a desarrollarse el mundo multiforme de las llamadas *terracotas del Fayum,* con sus dioses egipcios tratados a la griega, sus escenas populares, sus figuras de enfermos y tullidos, sus fetiches...: todo un exponente, en fin, de las inquietudes religiosas, la vida común y los ideales estéticos de la plebe alejandrina y del Egipto mestizado.

Esta producción de figurillas, que no cesará durante todo el período romano, es quizá lo más interesante de la plástica greco-egipcia, por la propia sinceridad que revela. A su lado, las escasísimas interferencias a nivel arquitectónico no pasan de lo meramente anecdótico, reduciéndose a menudo a detalles egipcios en tumbas griegas alejandrinas, y, como en el caso de la plástica oficial, la escultura muestra pocas síntesis aceptables.

Esta escultura híbrida está compuesta, casi exclusivamente, por los retratos votivos u honoríficos de ciertos magnates. Como es lógico, se da sólo al final del período, cuando ya la fusión cultural empieza a alcanzar las altas esferas: es entonces cuando, frente a las verdaderas joyas del retrato ptolemaico en estilo egipcio puro, como la *Cabeza Verde de Berlín* o la *de Boston,* imposibles de fechar por desgracia, pero sin duda creadas en ambiente sacerdotal, hallamos una serie de imágenes con facciones más o menos rígidas, donde el hieratismo de los músculos se anima con una mirada dura y un cabello tratado a la griega y sin pulir. Ninguna alcanza, creemos, el nivel de obra maestra, pero es el punto de partida hacia un tipo de retrato que, mucho más tarde, en la época de la Tetrarquía, llegará a imponerse incluso en la iconografía imperial. El arte greco-egipcio, hay que repetirlo, tendrá una trayectoria larga y accidentada: por distintos vericuetos, igual que el genial planteamiento político de Cleopatra, se le verá todavía germinar en el mundo dorado de Bizancio.

Bibliografía

C. Aldred *et alii, El Egipto del crepúsculo,* Madrid, 1980. R. Anderson e I. Fawzy, *Egypt Revealed. Scenes from Napoleon's Description de l'Egypte,* Cairo, 1987. J. Baines y J. Málek, *Atlante dell'antico Egitto,* Novara, 1985. A. Bernand, *Alexandrie la Grande,* París, 1966. E. Bevan, *Histoire des Lagides,* París, 1934. A. Blanco Freijeiro, *El arte egipcio (y II)* (Historia del Arte de Historia 16), Madrid, 1989. A. K. Bowman, *Egypt after the Pharaohs,* Londres, 1986. F. Chamoux, *La civilisation hellénistique,* París, 1981. F. Daumas, *Les mammisis des temples égyptiens,* París, 1956. F. Daumas, *La civilisation de l'Egypte pharaonique,* París, 1987. A. Elvira, *El alejandrinismo* (tesis doctoral), Madrid, 1981. P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria,* Oxford, 1972. P. Grimal, *El helenismo y el auge de Roma,* Bilbao, 1972. G. Jéquier, *Manuel d'archéologie égyptienne,* París, 1924. G. Jéquier, *Temples ptolémaïques et romains,* París, 1924. C. Lalouette, *Textes sacrés et profanes de l'ancienne Egypte,* Mayenne, 1984. M. Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature, Vol. III: The Late Period,* Univ. of California, 1980. A. Lozano, *Las monarquías helenísticas, I: El Egipto de los Lágidas,* Madrid, 1989. S. Lloyd y H. W. Müller, *Arquitectura de los orígenes,* Madrid, 1989. M. A. Murray, *Egyptian Sculpture,* Londres, 1930. I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt,* Oxford, 1937. J. Pirenne, *Historia de la civilización del antiguo Egipto,* Vol. III, Barcelona, 1964. C. Préaux, *El mundo helenístico,* Barcelona, 1984. M. Rostowtzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico,* Madrid, 1967. W. S. Smith, *The Art and Architecture of Ancient Egypt,* Londres, 1965. VV.AA., *Das ptolemäische Agypten. Akten des Internationalen Symposions 27-29. September 1976 in Berlin,* Maguncia, 1978.

«Creemos, sinceramente, que necesitamos en estos momentos favorecer una cultura que empiece a rechazar, también entre los jóvenes, la idea de la muerte en el tráfico como un "simple acto individual casi estético" como dice nuestro buen amigo Pierre Barjonet, en la medida en que lo prosaico de los análisis muestra el nivel de riesgo creciente que se da en las carreteras y ciudades alrededor del sistema de tráfico. La Seguridad puede ser considerada como valor cardinal sobre el cual reposa finalmente la legitimidad misma de una Sociedad Humana. La investigación de la seguridad está creciendo y profundizándose en todos los ámbitos, en la misma proporción que el progreso. No obstante, **queda pendiente que este afán de Seguridad impregne la sociedad entera sin que por ello sienta que está produciéndose un deterioro de su Libertad.** *Para ello, todos debemos colaborar en aproximar el término Libertad al de Seguridad, alejándolo del de Riesgo, en la medida que sólo desde la Seguridad es posible la Libertad en un marco social, que desmienta el aforismo del pensador del pesimismo E. M. Cioran: "El hombre es el camino más corto entre la vida y la muerte".»*

(D. Enrique Carbonell. Instituto Universitario de Tráfico y Seguridad Vial. Universidad de Valencia. Extracto de la ponencia «Intervención social en Seguridad Vial», pronunciada en Madrid en octubre de 1995, con ocasión del «Seminario Internacional del Joven Conductor»).



